CUATRO REALES DE PROSA.

BIBLIOTECA DE LA «ANDALUCIA».

CUATRO REALES DE PROSA.

COLECCION DE ARTÍCULOS LITERARIOS, DE COSTUMBRES, SÈRIOS, FESTIVOS, FINOS Y BASTOS, INÉDITOS Y FIAMBRES, ORIGINALES DEL PROPIO COSECHERO

JUAN J. RELOSILLAS.

MÁLAGA.

Imp. del Correo de Andalucia, Casapalma 7.
1881.

Es propiedad del autor.

PREFACIO.

Cada maestrico tiene su librico.

Asi lo dice, al menos, el conocido refran español; pero la verdad es, que yo, aunque me siento algo maestro, con relacion á las pagas atrasadas, carecia de libro, hoy que todo el mundo los escribe, hoy que se puede pasar por todo, menos por imbécil de solemnidad.

El público, que es muy sábio y muy puesto en lo justo, apreciará debidamente las pretenciones y los alcances de estas cien páginas, mal zurcidas sobre lo temporal y lo eterno, sobre lo censurable y lo digno de respeto.

Yo no voy mas allá de la peseta que trato de sacar á mis lectores, á quienes tengo en estudio ya hace años.

Asi pues, ni esta obrilla tiene pensamiento trascendental, ni lo necesita, ni lo admitiria, si yo supiera y quisiera infundirselo.

Cuando vaya V. de viaje y no sepa en que emplear las horas lentas del vapor ó las horas peligrosas del tren; cuando no sepa V. que hacer y se decida *echar la noche á perros*; cuando desee V. matar el tiempo, mientras llega la

hora de la cita; cuando cansado del estudio sério quiera V. volver á la imaginacion su vigor, por medio de lo futil y de lo agradable—con olvido de la modestia sea dicho—entonces coje V. estos CUATRO REALES DE PROSA y los derrocha en calmar la impaciencia ó en atraer el sueño.

Alguna vez he querido hacer prosa sentimental, apartandome de los derroteros seguidos siempre por mi pluma; pero no tiene V. nada que temer, lector pacato, que no le haré llorar una vez siquiera.

Por otra parte, mis carcajadas son completamente inofensivas.

Jamás me he reido del dolor ni de las creencias del prójimo.

El sabor volteriano que se nota en algun articulejo de estos, debese mas bien á la costumbre del siglo, que se representa con barba corrida y algo heterodoxos á todos los que escriben en broma.

Sepalo V. lector; ni la crítica ni V. tienen nada que temer de esta explosion de un génio provinciano y modesto.

Yo creo, como *Ursus*, el inmortal charlatan de Victor Hugo, que tengo el deber de *presentarme tan humilde, que el juez sienta necesidad de insultarme*.

Y con desear á V. feliz viaje, si deja la lectura del libro para cuando tome la ruta de la Córte en busca de emociones ó de credenciales, ó muy buenas y felices noches, si se decide á hojearme, en efigie, mientras el sueño se encarga de endulzar la salsa amarguísima de la vida, me repito á sus órdenes, servidor y amigo,

Q. B. S. M.,

JUAN J. RELOSILLAS.

EL NÚMERO UNO.

Le conocerá usted demás. Se lo sabrá usted de memoria.

El número uno no es un tipo; es una calamidad de quien es víctima todo el mundo, sin distincion de sexos ni edades.

Vá usted á los toros.

Allí está el número uno, en el mejor asiento, con el sombrero mas grande, con la borrachera mas densa.

El número uno ha toreado tambien en sus mocedades. Para poner banderillas él; para pasar sereno y parado, el número uno.

No tiene nuestro hombre fisonomía mas vulgar, ni aire mas distinguido que los demás mortales, pero á poco que dure la conversacion ya irá usted viendo de quien se trata.

Su sastre le hace las levitas de una tela especial, que traen para él todos los años. La única y verdadera americana de tricot la tiene él en casa, pero no se la pone.

Vá usted al café y comienza á hablar lindezas del que manda, como es de rúbrica en este país de las epidemias.

El número uno, que está en la mesa próxima, se cree en el deber de esclamar:

—Oh! dígamelo usted á mí; yo fuí alcalde primero el 54; el único alcalde bueno de que hablan las historias; á mi me gusta ser siempre el primero; por eso sin duda, soy la única autoridad popular á quien no ha mortificado la prensa; bien es verdad que soy tambien el primer tirador de pistola de mi época!

Habla usted de caballos.

—Ah! para caballos el mio; no le hay igual desde Mairena á Almeria.

Se trata de perros.

—Perro el que yo tuve una vez. Sabia jugar al dominó, y no consentía que le metieran filfas!

Y así sucesivamente, el número uno procura reinar de hecho y derecho, sobre el mundo de la moda y el mundo de los perros.

Yo conocí un número uno, que era un verdadero monomaniaco de las especialidades. Un dia se hablaba de mujeres infieles delante de nuestro hombre.

—Fulanita, abusa de la credulidad de su marido,—decia uno.

—Perenganita hace el oso con un oficial de escribania,—exclamaba otro.

—Zutana se avista con su amante en el cementerio de los ingleses;—añadia un tercero.

—Bah!—dijo, el número uno, que habia estado oyendo la escandalosa crónica, con estudiada indiferencia;—para mujer infiel la mia!

El número uno es de lo que se creen victimas escogidas de la fatalidad.

Si llueve un dia que sale sin paraguas, ha sido con el objeto único de estropearle el sombrero.

Si hay carreras, se debe al plan preconcebido de hacer correr á nuestro hombre.

Cuando ya está agotado el repertorio de sus especiales dotes y de sus prendas muy especiales, el número uno entra en el campo de la hipótesis.

—Verán ustedes que chaleco me estoy haciendo!

—Se van ustedes á admirar del ataque apoplético que me dará dentro de unos dias!

A la raza privilegiada de los números uno, pertenecen nuestros primeros actores, y nuestros primeros hombres de Estado.

Unos, necesitan que los anuncien en cruz, porque no caben en la horizontal de un cartel, y otros, no se contentan hasta dejar al país crucificado.

El número uno, sabe hacer un flan y un discurso: toca la guitarra por cifra y á ojo, y se bate el cobre en las conferencias diplomáticas con Sidi-Mahomet-Vargas.

Yo trato á un número uno, tan poseido de su papel, que no vá á ningun entierro por no desacreditarse. Él entiende que debería ser uno de nuestros primeros muertos y se siente rebajado al no poder suicidarse siquiera seis veces en semana.

El número uno, tiene por vocacion la manía de los estrenos.

Él vió estrenar *La pata de cabra* de Grimaldi, *La última noche* de Echegaray y extrenó además, con sus propias manos, el corazon de su mujer, siendo su primer novio.

Cuando el número uno iba á la escuela, ya tenia disposiciones fenomenales para el oficio de hombre singular.

La primera paliza del maestro, se la llevaba él, y el primer premio era suyo. Bien es verdad, que su padre tenia muy buen cuidado de regalar al preceptor el primer pavo de la provincia.

Está el número uno en visita y se le ocurre sacar el pañuelo.

—Qué bonita cifra!—dice la dueña de la casa;—está muy bien bordada esa *A*!

—Pues no se la puedo ofrecer á usted, señora, porque es la única que quedaba en todo el alfabeto!

Y si es verdad que el abismo atrae, la prioridad tiene iguales propiedades.

Con frecuencia dice usted.

—¿Quién es el mas rico de este pueblo?

—Don Perengano;—contesta unánime la opinion pública.

Y, ¡caso estraño y raro! don Perengano suele ser, casi siempre, al par que primer contribuyente y primer diputado, el mas imbécil de la poblacion, el mas tacaño, y el mas infatuado.

Así como hay número uno social, los hay tambien literarios y políticos.

En los certámenes de las Academias y Liceos, el número uno de las letras lee siempre el primer soneto, que resulta el mas malo con aterradora frecuencia.

Se observa, además, que nuestros primeros sábios son nuestras mas distinguidas calamidades; y doy á usted palabra de que no señalo para el Gobierno.

El número uno de la moral, es de los que mas celebridad alcanzan.

—Yo soy tan íntegro, que no me atrevo á *tomar* ni agua bendita.

—Yo soy tan honrado, que no voy á los toros por no ver al espada hacer uso del *engaño*.

Estos primeros moralistas, que duermen vestidos por no pasar el rubor de desnudarse delante de ellos mismos, andan bebiendo los vientos por coger la Direccion de Loterias de la Habana, sin duda para ser los únicos con quienes la fiebre amarilla se crea en el deber de transijir.

Cuando veo esos buenos mozos que caminan agobiados por el peso de sus atractivos, hasta el punto de tener que sentarse para poder seguir tirando de la carga de su hermosura; esos sábios que andan siempre sobre su fama, como las bailarinas sobre las puntas de los piés, y esos puros y limpios, que por no quebrantar el sétimo no le han *quitado motas* á nadie, no puedo menos de pensar con fruicion en el providencial decreto que me ha hecho el último de los seres nacidos y en fabricacion.

Sin embargo; por sí es verdad aquello de: el que quiera ser el primero que sea el último, conste, que ni en parábola, quiero andar á la cabeza de sábios, literatos, banqueros y moralistas; sin duda porque desde mi mas tierna edad ódio toda clase de tropa, y me quedo corto.

DESDE LA CAMA.

(POEMA CASERO EN PROSA.)

—¡Gracias á Dios, que he salido una noche temprano de la oficina! Cuando yo ví á mi jefe de frac y corbata blanca, dije para mis 5.000 reales con descuento: ¡esta noche vá D. José al Real! y efectivamente, á las nueve tocó el timbre, se presentó un portero, aquel que tiene unos modos tan ásperos y una mujer tan guapa, el favorito de D. José, pidióle el coche, y á las diez hacia yo mi entrada triunfal en esta casa, que es muy de ustedes, Jardines, 3, tercero, izquierda, con vistas á San Bernardino... Cenemos; el cocido de doña Nicolasa no es causa bastante nutritiva para perdonar la cena... ¿Qué hay? Ensalada y besugo frito. . ¡Qué ojos tan vidriosos tiene este besugo! ¡Como que es de anteayer! ¡Maldita la casa donde el besugo es siempre pretérito! Ahora, un cigarro de 25 centimos el paquete y despues, á la cama. Parece mentira que siendo yo escribiente en Estanca-

das fume tan mal; pero ya llegará el dia de mi redencion, cuando me nombren jefe de negociado en contacto carnal y directo con el contratista! ¡Cuerno! ¡Pues no tengo un siete en el pantalon!.. Pero ¿cómo me he hecho yo este siete?.. En el café no ha sido; porque hoy no he ido al café, una razon de 16 tasas atrasadas me lo ha impedido. Me lo he tenido que hacer en la oficina .. aquellos sillones están erizados de peligros... ¡Sirva usted para esto al Estado!.. ¡Lástima de pantalon! Y gracias á que tiene el siete en el mismo sitio que *Frasquelo* aquella cornada que causó tantos ataques nerviosos en el Madrid elegante... ¡Ajajá! ya estoy entre sábanas... ¡Cómo se queja este catre! ¡Así es el mundo; nadie está contento con su suerte, ni áun en clase de catre!.. Decia bien mi madre: *la camita es una rosa, porque si no se duerme se reposa.* ¿Qué será de mi madre? Me parece que la quiero más, ahora, que hace dos años que no la veo... Es decir, que no la veo con los ojos, ¡porque anoche soñé que me besaba! . Una, dos, tres .. ¿Las doce ya? En estos momentos saldrá mi jefe de oir *Los Hugonotes*, una obra que detesto por la degollina del 4.° acto... ¡aquello no es final de ópera, parece más bien un arreglo del personal... ¡Y qué letra tan ininteligible tiene mi jefe, ahora que no me oye!.. Me dá unas minutas incopiables. Ayer le sorprendí en flagrante delito de ortografía: ¡puso *ojo* con *h*!.. verdad es que luego esplicaba el *lapsus*, diciendo que *ojo* es el masculino de *hoja*; pero yo tengo mis dudas, vaya si las tengo; unas dudas vehementes, pero respetuosas, como corresponden á un escribiente de la clase de sétimos, porque al fin y al cabo, entre mi sueldo y el suyo median 45.000 rs., ¡todo un abismo de gramática!.. ¿Son truenos? cuando yo salía de la oficina comenzaba á llover ¡no! son coches que bajan á galope por la calle de Caballero de Gracia. ¡Y cómo me cargan los señores que llevan sus caballos á galope! Parece que quieren hacer

del barro que salpica á los transeuntes, el salivajo de *confort* sobre la miseria. Ayer me escupió una carretel al atravesar desde Fornos á la esquina del Suizo. L perdono el agravio; pero lo que no le perdonaré nunca es la mancha que me echó en el *chaquet*, una prend nuevecita ¡que el portero me acaba de traducir de otr señor más grueso!. ¡Cómo mayan los gatos! ¡El amo es el pescado crudo de la raza felina! Yo tambien ama ría si tuviera tiempo y dinero, pero con el pícaro des cuento no me llega la sal al agua. Sin embargo, me ha bía de ver muy comprometido para poner en limpio ese borrador... ¡Amar! ¡La verdad es que no sé cómo se principia! En mi pueblo era yo capaz de amar sin cortarme, pero aquí en Madrid ya es otra cosa. En Villaverde, cuando acaba de llover y en cada hoja tiembla una gota de agua cristalina, cuando sube al cielo ese vapor saturado del perfume acre de la tierra mojada y los pájaros se secan el traje al sol y entonan la Marsellesa del amor, mientras llega la hora de picar la cereza y probar las primeras uvas, se puede amar de corrido. Particularmente de noche, me sentía yo enamorado en Villaverde de todas las Catalinas del pueblo. ¡Pero qué noches las noches de Villaverde! ¡Se quieren parecer á estas noches de Madrid, que no tienen más luz que la luz anémica del gas, ni más brisa que el aire nauseabundo que sale de los cafés! Cuando el jazmin bebe gota á gota todo el rocío que cae del cielo, para trasformarlo en perfumes enloquecedores allá en el laboratorio misterioso de sus raíces, y el gorrion duerme soñando poemas de glotonería y las luciérnagas derraman polvo de estrellas sobre la alfombra oscura de los prados, y las diamelas y los nardos esparcen su perfume semejante al aliento de una ninfa que no se atreve á respirar más que de noche, se ama en Villaverde en variedad de metros! Las madres y las tias de allá, resisten todas al soborno de la media tostada. Las porteras desprecian

as propinas, en tanto cuanto no hay porteras, y el amor bre y sin trabas, se canta al pié de las rejas, y se bai- en las eras. ¡Si en Villaverde no se muriese uno nun- a, allá me iba á acabar tranquilamente mis dias!.. ¿Eh? uchas gracias, Antonia; métala Vd. por debajo de la uerta... Mucho tardaba ya *La Correspondencia*. Me la abría interceptado ese pupilo nuevo que ha venido de Málaga *á por* credenciales y eso que ahora no hay nin- un ministro malagueño. ¡Caso raro! Porque cuando la epública hubo dos, hace pocos dias hubo otros dos, mañana puede ser que los haya salteados... Veamos o que dice el eco imparcial de la opinion y de la pren- a... «Se indica para embajador...» «Se piensa ofrecer na mitra...» «Será nombrado gobernador...» Miéntras stos señores no estén indicados para escribientes de la lase de sétimos de la direccion de Estancadas, no ten- go nada que temer. Todo el mundo aspira á paquider- no de la nómina; nadie quiere ser feto en aguardien- te. «Huéspedes á 6 rs. con chocolate y postres...» Co- nozco el sistema, y no me dejaré engañar por estos re- clamos corruptores del estómago. ¡Ayuno! Tú tienes cara de patrona de huéspedes!.. ¡Calla! ¡está lloviendo de un modo atróz! ¡Pobres novios, los novios de invier- no! ¡los que cuando llegan las primeras aguas no tienen aún permiso de la mamá *para entrar en la casa*, como se llama en el *argot* del noviazjo al *regium exequatur*, que declara apto al amante, que vá con buen fin, para sen- tarse lo más cerca posible de la novia, ayudarla á deva- nar una madeja y hasta para llevar pastillas de Andreu á la futura suegra, si dá en toser con demasiada frecuen- cia..! Sigue el *pin pan* de las canales, que no se cansan de estropear sombreros á los transeuntes... ¿Quién llama en los cristales del comedor? ¡Ah! son las gotas del aguacero, ¡tal vez los dedos de la hada del sueño que teme pasar la noche al sereno!... Debe haber un buen Dios que se encarga de indemnizar á los que no tienen

50.000 rs. y coche... Mi jefe cena ahora espléndidamente, mientras yo, entre sábanas, hago muecas al reuma que acecha en las calles, oigo el chapelateo de los que cruzan las encharcadas aceras, el rumor ronco del agua precipitándose sobre los paraguas abiertos, los gritos ahogados de las mujeres bonitas que se mojan los piés en el pérfido bache que oculta todo un abismo de agua fangosa, y la voz desmayada del vendedor ambulante, que, calado hasta los huesos, pregona con insistencia digna de mejor éxito, el premio mayor que todo el mundo desprecia... Dentro de poco, llegará Morfeo con su corona de adormideras y el dedo sobre los lábios, como imponiendo discreto silencio; agitará sus alas de terciopelo negro, sembradas de estrellas que parecen lágrimas de plata, apagará la bugía de un soplo cargado de vapores de opio, y aplicará sobre los dolores del alma el cloroformo del sueño... Mañana, el chocolate me volverá á la realidad, iré á la oficina á la hora de costumbre, y si el semblante demudado de D. José me dice que hay crísis, yo, desde lo alto de mis besugos tras-añejos, seguiré despreciando las pompas y vanidades humanas...!

PEPTONA PÈPSICA.

Mal año para la química aplicada al arte de llegar al cementerio por el camino más corto; mal año para la farmacia, sin esos nombres enrevesados que ponen al enfermo los pelos de punta.

En la cuarta plana de *El Imparcial* podrá Vd. leerlo. Un tal Chapoteaut, distinguido boticario francés, acaba de inventar un vino que se come y se bebe, realizando asi los levantados ideales de aquel niño conservador que, obligado á tomar pan ó caldo, se decidió por un término medio heróico y pidió sopas. Pues bien;—y dejando aparte la precocidad de nuestros primeros niños, que sienten directores generales desde más allá de la cuna—el Sr. Chápoteaut, echando mano del expediente tan socorrido, ese de llamar las cosas más sencillas por un nombre complicado, ha bautizado su *mostagán* con el nombre de *vino Chapoteaut con peptona pepsica*, la cual *peptona* es, en romance, carne de vaca ya digerida y asimilable; carne servida, como decía una patrona de huéspedes que sueña con llevar

la homeopatía á la cocina; carne *funè*, como hizo observar una condesa que ya no se estila.

Estamos en la época de las grandes síntesis. Las universidades nos proveen de curcubitáceas doctaradas que no tienen mas que abrir sus bufetes de abogados para que el público las crea sabios de plantilla. Singer ha puesto las modístas al alcance de todas las fortunas, dicho sea con la honestidad debida. Edisson ha sacado de su cabeza la vulgarizacion de Gayarre, inventando el fonógrafo, un tenor que canta á domicilio á despecho de los revendedores. Y Chapoteaut ha invadido las atribuciones del estómago digeriendo en nombre de la humanidad doliente, por un módico precio y con todo el aseo compatible con las boticas, más ó ménos francesas.

Colon se murió sin saber que habia descubierto un nuevo mundo, y Chapoteaut no sabrá probablemente á estas horas todos los alcances de su invento. Al embotellar su vino con carne digerida, no ha puesto una droga más al servicio de las enfermedades. Chapoteaut ha ido más léjos. No es un oscuro colaborador del tífus, no señor. Chapoteaut ha inventado un estómago mecánico, artificial, y lo ha puesto al servicio de los que comen de sus carnes ó del presupuesto.

Quisiera yo ver la cara que tendrá el cólico desde que así han mermado sus dominios. ¡Qué economía de tiempo! ¡Cómo van á mejorar las costumbres! ¡Ahora si que á la moral le va á lucir el pelo!

Tiene Vd. sospechas de que un langostino no está fresco y le va á hacer daño: pues que se lo digieran por el sistema Chapoteaut ántes de ingerirlo en el estómago. De hoy más, ningun empleado tiene pretesto para ir tarde, á la oficina; con poner á digerir la noche ántes los clásicos huevos fritos, que son la base del almuerzo nacional, puede un hombre que se levante á las diez estar á las diez y media en su despacho; si

no se pinta ó no tiene necesidad de dar rodeos para evitar encuentros con el *inglès*; porque eso sí, la calle donde vive nuestro sastre no siempre se puede atravesar impunemente. El pavo con trufas dejará de predisponer al crímen á los cesantes que hacen ira al pié del escaparate de Lhardy. Tan siniestras reuniones se verificarán desde ahora á la puerta de las farmacias, y sabido es que el hom bre más furioso se calma ante la mansion tranquila de la muerte.

Entreveo un porvenir de felicidad para los poetas estériles y para los gobernadores que no entienden de letra. Puesto que ya es posible pasarse sin el oficio de los jugos gástricos, se puede tambien producir la oda en bruto, sin más trabajo que derramar despues sobre las cuartillas un tarro de inspiracion y otro de ortografía. Lo mismo digo de la sintaxis oficial que suele uno ver en esos *Boletines* por estos tiempos de alocuciones y tomas de posesion ¿No se vende la carne digerida? Pues lo mismo se expenderán en los estancos, dentro de poco, las ideas y la gramática.

Chapoteaut es un revolucionario de tomo y lomo. La vieja sociedad que no ha perdonado todavia á Mendizábal porque puso las manos en los bienes del clero, no puede perdonar nunca al protervo boticario que ha puesto la mano en el estómago de la humanidad,—salva sea la parte.

Para los que comen por la voluptuosidad de comer, Chapoteaut es un ostrógodo invadiendo las despensas civilizadas. De aquellos faisanes dos veces dorados, por la naturaleza y por la manteca, ¿qué queda á los gastrónomos? Nada; unos cuantos tarros de potingues tan asquerosos como nutritivos. Y luego,—me parece que los oigo,—esos Lúculos con frac y corbata blanca no pueden prescindir del *dolce farniente* de la digestion, de ese estado de somnolencia que sigue á los grandes

acontecimientos del condumio, cuando el humo de los habanos finge en los oscuros ángulos del comedor figuritas de pinches y marmitones con sus gorros y delantales blancos, arrastrando colosal figura de cocinero que cabalga sobre el ventrudo barril de *Chateau Laffitte*, mientras de las tazas de café suben al cielo envueltas en el aromático vaho del ardiente Moka, unas como fotografías mágicas de los placeres, aladas copas de champagne que derraman sobre la tierra su espuma blanquecina, ángeles con alas hechas de billetes de á 4.000 rs., y mujeres hermosísimas que hacen, al perderse en la oscuridad brumosa, graciosos y lascivos mohines. A estos séres que tienen el cerebro en salsa espartana, vaya Vd. á hablarles de sustituir la espléndida poesía del *menú* con esta burda prosa:—Almuerzo, una copa de *peptona*; comida, dos idem de lienzo, digo, de *peptona*.

Y sin embargo, mucho ántes de que el Sr. Albareda haya mejorado la raza caballar, logrará Chapoteaut regenerar completamente la raza humana, apartándola de la gula que afemina y enferma, y llevándola á la sobriedad, que tonifica y fortalece.

¡Adios ambiciosos sueños del modesto empleado con 5.000 rs., que cae en la irregularidad persiguiendo un principio más para su mesa! ¡Adios literatura casera que ha producido el libro de cocina con aquellas recetas clásicas de: tomarás un pavo... ó bien: cojerás dos riñones!... La misma señora de la casa, cuando vuelva del Retiro ó de la rifa del Corazon de Jesús ó de oir á Pidal, puede comprar en casa de Borrell las provisiones para toda la semana, sin temor de que la sisen manos puercas de criados infieles.

Con esto de las invenciones trascendentales sucede, como con las calamidades, que cuando viene una no viene sola. En boga ya el arte de comer sin guisar y el arte de comer sin digerir, resulta que si el estómago

de un hombre honrado duraba ántes sesenta años en buen uso, se va Vd. á encontrar por esos mundos, octogenarios capaces de digerir al prógimo; fenómeno propio, hasta ahora, de prestamistas de ambos sexos.

Las bailarinas en estado de jamonas que desesperaban ya de devorar, con éxito, los hijos de familia bastantes á sostener palco á turno impar y carretela de doble suspension, conservarán sus facultades hasta los setenta inviernos. Hombre habrá sin estrenar el estómago, no obstante veinte años de servicios efectivos á la Hacienda. En cuanto á los maestros de escuela, pueden despreciar la nómina y sus vanidades, teniendo la precaucion de hacerse mancebos de las boticas donde se elaboren las mejores *peptonas*.

Chapoteaut haciendo asimilables los alimentos sin necesidad de digerirlos; Raoul Pictec, inventando el hielo artificial, y algunos sacamuelas extrayéndolas sin dolor, han empujado la humanidad por el camino del progreso mucho más enérgicamente que esos estadistas que no saben inventar otra cosa que contribuciones. Gracias á los primeros, nos podemos burlar del hambre, de la canícula y de los sufrimientos.

Si á Vd. le parece poco, lector, eso de conservar el estómago libre de toda mancha, medite Vd. sobre cómo recibiria el mundo que se viste una aplicacion del mismo sistema á las levitas.

Y finalmente, para cerrar la puerta á todas las objeciones: verdad es que Chapoteaut no ha extinguido totalmente nuestro tirano; pero lo ha domesticado.

El estómago reina todavia; pero ya no gobierna.

¡QUIEN FUERA PERRO!

No es un vano antojo propio de la estacion de los calores; es un grito que sale del alma, aflijida por las injusticias sociales.

¡Quién fuera perro!

La estrignina es un mito que no existe mas que en la imaginacion acalorada de algun que otro concejal nervioso.

¡Libertad! ¡libertad sacrosanta! tu has sido inventada para que te disfruten los perros de ambos sexos!

La vida humana se ha hecho insoportable. El sastre, el casero, los acreedores impacientes, los poetas de lágrimas, los hombres de bien á todo trance, la amargan de manera, que bien puede decirse que llevamos moralmente una vida de perros, sin ninguna de sus ventajas materiales.

Feliz tu, gozquecillo descarado, que puedes exponer libremente tus simpatías!

Te agrada un sugeto: pues le meneas el rabo.

Te carga un caballero: pues le ladras ó le rompes el pantalon de una dentellada.

Para la raza canina no hay fiscales de imprenta, ni agentes del Banco de España, ni suscritores exigentes por una peseta, que no pagan, ni criticos que mojan la pluma en bilis, en vez de usar la tan recomendable tinta violeta.

El perro es la sobriedad y la economía, con un rabo un tanto prolongado.

Todas las cuentas que tiene que pagar al boticario, se reducen al parche de cerote que ostenta en su frente venerable, en los casos de *moquillo* y otros más ó ménos complicados.

Del casero y del sastre no le hable usted, porque los desprecia.

La moral del perro está cien codos sobre la moral humana.

Mientras haya desperdicios donde el perro busque un hueso y un mendrugo, no hay cuidado de que falte á sus deberes de perro honrado por un puñado de monedas.

El amor, libre en la raza canina, no arrastrará á esos austéros varones, que vé usted en los paseos con el rabo entre piernas, á las extravagancias de una pasion que exige peinadora y piso amueblado.

Otra ventaja del natural inofensivo del perro.

Usted periodista de oposicion, usted escritor satírico, pierde un dia eso que llaman el *punteado*, é insulta al primer personage que se le viene á la pluma. Mientras no se bata usted con el ofendido, mientras no le abra usted encima la cabeza, ó no se la rajen á usted con todas las reglas del decoro, no está el honor satisfecho.

Usted perro, ó yo perro, mordemos á un ciudadano, bien porque nos pisó el rabo, bien porque nos dió un bastonazo; y con dejar que nos corten pelos del

lomo para que fritos se los apliquen sobre la herida, estamos al cabo de todas las reparaciones ¡que ojalá pudiera el hombre enmendar todo el daño que hace, dejando en poder del ofendido un pedazo de piel ó un mechon de cabellos!

¿Vé usted esos señoritos hábiles, que quiebran y luego edifican manzanas de casas, ó esos sugetos afortunados que salen de una irregularidad para entrar en otra? Pues ninguno para *nadar y guardar la ropa* como el perro, que se lanza al mar de los negocios con todos sus trages puestos.

No quiero hacer cursi la imágen de la fidelidad citando el perro de lord Byron, ni los perros del monte de San Bernardo, que sacan al viajero de entre la nieve, (como el acreedor descubre á su víctima en las ciudades mas populosas) ni el perro de los carabineros, esos perros legendarios que van desapareciendo; pelados de medio cuerpo, que se hacen los muertos, que saltan por el aro, y que bailan apoyados en las agiles patas, como unos caballeros á quienes no falta mas que hablar.

Perros hay que le siguen á usted al mercado, á la caza, al baño y á la muerte.

¡Exija usted, en cambio, de un amigo, que vaya mas allá de los 500 reales!

El perro mas infeliz, no tiene cuñadas, ni suegra. Posee el harem con todas sus ventajas y ninguno de sus inconvenientes.

El amor humano se paga de la exterioridad, del lazo del seda, de las sonrosadas megillas, del pelo rubio, del seno fraudulentamente elevado. Se puede decir que el hombre ama por el procedimiento del *timo*.

En cambio, en el amor perruno es agente algo más profundo: el olfato.

Nosotros amamos á nuestras Matildes y Enriquetas, con tal de que nos entren por el ojo.

Ellos se prendan de sus *Diamelas* y *Sultanas*, si les entran por la nariz.

¡Que bien regida está la República de los perros!

Nada de impuestos transitorios, ni de contribuciones indirectas.

El perro es libre de hacerse lazarillo, pastor ó titiritero.

No tiene que sacrificarse en obsequio del fisco, ni se le abren las carnes ó las lanas, cada vez que llega el trimestre y con el trimestre el comisionado de apremios.

Item mas: todos los perros leen con indiferencia esos sueltos epidémicos en que se dá cuenta de la fuga de un cajero ó de la última falsificacion de títulos de la Deuda.

El perro rabia, es muy cierto.

Pero ¿quién de vosotros, señores, no ha rabiado alguna vez?

Contra la hidrofobia canina, el cauterio.

Contra la rabia del envidioso y del calumniador no hay preservativos.

Me dirá usted que los perros ladran, ahullan y muerden.

Nosotros tenemos poetas que escriben á destajo, nulidades que legislan y personas que piden dinero prestado.

Deploro que el arte de hacer perros este vinculado en los perros mismos.

El dia que se desamorticen esos bienes mostrencos, me compro mi parte de felicidad y me hago pachon, ó *bull-dog*, seguro de encontrar la dicha en el primer monton de basuras que me depare la suerte.

Todavía no ha oido usted hablar de un perro que haya firmado pagarés para salir de apuros, ni que haya falseado los sufragios de sus con-galgos para salir diputado.

Cuando en mis noches de insomnio lucho con mis pesadillas, veo á mis enemigos con trajes de hombres —mas ó ménos fiados,—pero jamás he visto en esos sueños agitados, un solo perro amenazador, grande ni chico, ni en reales completos.

Desengáñese usted, lector, todo lo que de adverso hay en la vida, es esencialmente humano.

La esclavitud, la moda, el sastre, y el casero, instituciones odiosas son que el hombre ha sacado de su cabeza.

La elegancia sencilla, el aseo, el amor libre, la agilidad y la buena fé, dotes perrunas son, que yo pagaria á peso de oro, si el perro no destinara las monedas á ciertos usos, que el olfato, y la moral, no permiten describir.

¡Quien fuera perro!

PENA DE SOLFA.

Vecina: reniego de Vd., una madrileña *que dá la hora*; de Orfeo, un tracio que tenia tambien el vicio vergonzoso de la música mal entendida; de su mamá de Vd., que ha consentido que la compren piano; de su papá de Vd., que la oye embobado mientras se pone el cuello en pié para irse á la oficina; y de su profesor de Vd., honrado jornalero que seria la prez de su oficio, dedicado á la albañilería, y que es un hombre odioso, dedicado á enseñar el uso prohibido del piano, en 15 lecciones, que no se acaban nunca, por tres duros al mes, que son el tormento del vecindario.

¡Vecinita, vecinita! me va Vd. á hacer renegar de mi siglo, de este siglo XIX de que estoy tan enamorado, de este siglo que ha inventado el fonógrafo, un pedazo de estaño que canta sólo, y que ha perfeccionado y vulgarizado el piano, un tormento que necesita cómplice.

Ayer mismo, sin ir más lejos, eran las seis de la

mañana, cuando empezó Vd. á tocar el trozo más nauseabundo de *El hombre es débil*, y á las doce, cuando todas las campanas tocaban el *Angelus*, cuando todos los lábios cristianos rezaban el conocido motete de: *el ángel del Señor anunció á María*... Vd. insistia en dar formas musicales al popular

te llevaré á Puerto-Rico
en un cascaron de nuez.

Esto no puede seguir asi, vecina. Yo estoy á dos pasos de la demencia. Yo profeso un santo ódio al Conservatorio. Yo detesto el griego, que era una música hablada. Yo aborrezco el piano, que es un griego con teclas. Yo reniego ¡hasta del dia del *Corpus!* porque tiene *octava*.

Si viviéramos en un país sábiamente organizado, Vd. no podria tener en su alcoba esa charanga vertical, verdadera inquisicion de palo santo. Ya me hubiera Vd. pagado, siquiera á peseta, las veces que he oido, con campaneo y todo, el *Miserere* de *El Trovador*, y seria rico, lo bastante para poder darme el gusto de incendiar la acera de casas donde Vd. vive, y de que no quedára tecla sobre tecla, en esa babilonia que tiene tantos bemoles.

La moderna industria hace cosas muy buenas, sí, señora; abarata, por ejemplo, la gruesa de botones de nácar, ó pone al alcance de todas las fortunas y de todas las calvicies, una hermosa mata de pelo: pero esa misma industria, por 1.500 reales, pone en manos de Vd. un piano de siete octavas, que es lo mismo que armar el brazo fratricida de Cain con una quijada musical.

Dirá Vd. que soy un grosero; pero yo la replico, que la naturaleza más ceremoniosa, que recibe constantemente en la trompa de Eustaquio,—ya sabe Vd., un caballero muy delicado que no puede ver pianistas ni en efigie—olas, verdaderas olas de sostenidos, acaba

por olvidarlo todo; y así es como yo veo en Vd., no una morena llena de curvas provocativas, sino un asesino á quien cortaria las manos, despues de besárselas.

Vecina, póngase Vd. en mi lugar. A esa hora en que se hiela el mercurio, cuando el silencio es profundo en las calles desiertas; cuando los poetas, temiendo á los sabañones, escriben odas al sol, Vd., añadiendo rigor al invierno, vá desde Wagner á Verdi haciendo parada y fonda en Juan Breva. El termómetro baja y baja, mientras Vd. hace uso del *apagador*. El *si natural*, que lo tiene Vd. muy destemplado por más señas, propagándose á favor de la onda sonora, aturde al que medita ó escribe, y sé de más de una embarazada que ha perdido la salud y el tiempo en fuerza de oirle decir á ese piano.

¡Gran Dios, morir si giovine!

Mire Vd., vecina: si en vez del piano tocase Vd., el cornetin de piston, seriamos amigos. Verdad es que el cornetin raja y ensordece el oido más fogueado en música; pero sus pulmones de Vd guardarian mis membranas auditivas y mis nervios del mismo oficio.

Sentada al piano, mientras sus deditos sonrosados dan tormento á *Fausto*, y al vecindario pacífico, piensa Vd. en Ernesto, en la cita pendiente, en el beso prometido; y así, de recuerdo en recuerdo, llega Vd. al *Ballo in maschera* y lo toca, á *Rigoletto* y lo toca, á *El amor y el almuerzo* y lo toca tambien, mientras yo oco el cielo con las manos. En cambio, si consagrase Vd. su actividad y su viento al cornetin, callaria Vd. lguna vez, gracias á la tísis.

Confunda Dios amén á esa *Crónica de la Música*, que tiene la culpa de todo. Entre ella y los editores que dan á la estampa *música fácil*, haciendo uso del sarcasmo, han hecho la desgracia y la sordera del vecindario. Ya no hay paz en las familias, ni reposo en

las casas por pisos; ya no hay más que pianos propios y alquilados, polkas de incitante contoneo y romanzas que, como las cebollas, hacen llorar por la fuerza de sus emanaciones.

¡Que la música domestica las fieras!... Aforismo es este que los maestros de piano se han encargado de desmentir. La música de Vd , y con Vd. entran otras cuatro ó cinco mil ejecutantes deparramadas por todo Madrid y barrios adyacentes, enfurece á los mansos en vez de amansar á los enfurecidos. De un capellan de regimiento sé, que quiso ahorcarse con su propia estola al oir quince veces seguidas unos aires nacionales que á él le parecieron perláticos; y á este tenor, llenaria cien columnas de casos análogos, como la Revalenta las llena de curaciones maravillosas, obtenidas por la deliciosa harina de la salud, vulgo lentejas pulverizadas con buen fin.

¡Piano! ¡Te detesto con todos mis oidos! Tú has sido guitarra, y la soberbia, dándote más lujoso traje, te ha quitado carácter y mision. En las fiestas populares te desprecian y tienes que permanecer mudo. En los acontecimientos musicales no tocas pito, y, donde habla una orquesta, callas tú. Te pareces á esas familias cargantes que se salen de su esfera,—y cuyo símbolo eres,—que no pueden volver al pueblo de donde han salido, ni llegar á la aristocracia, que no las deja entrar.

¡El violin, el violoncello, la voz humana!... Por todos estos caminos se llega al cielo. ¡Por el piano no se deberia ir más que á la cárcel!

. . . . . .

. . . . . .

Vecina: dispense Vd. á unas orejas que sufren inocentes la *pena de solfa*, esta exteriorizacion de su ira.

Hoy viérnes 31 de Diciembre, dia de San Silvestre, hace tres meses, largos de talle, que oigo el mismo

sonsonete de *El Juramento*, el mismo *Wals del beso*, las mismas *Peteneras* y el mismo *Nocturno fácil* en *llave de sol*.

Desde entónces acá, ha roto Vd. seis cuerdas, y yo veinte duros de platos, y he sufrido, además, cuatro afinaciones y otros tantos conciertos.

Usted dirá si tengo razon que me sobra para pedir la cabeza de Pleyel, la de Erard, todo el cuerpo de Vd. y las manos de su maestro.

¡Oh! ¡La pena de solfa!... ¡Y todavía hay partidarios de la rutina que defienden el garrote vil!

ECHE USTED LA OTRA.

A mí que no me digan; el vino tiene un orígen divino que toda el agua de los taberneros contemporáneos no puede borrar.

Noé se emborrachó por algo mas que por un vicio simplemente humano; porque no se comprende que un hombre que salvó á todos los animales, usuréros inclusive, fuese un perdido digno de la *grillera*.

La mogigateria social ha convenido en que es de buen tomo escandalizarse cuando se dice: Fulanito bebe; y sin embargo, dispensa que se *beba en buenas fuentes* y que anden por ahí los hombres *bebiéndose los vientos*.

El vino no es solamente zumo de uvas. Está probado que tiene tambien, por iguales partes, gotas de valor y polvos impalpables de alegria.

El pueblo mas triste del orbe es el pueblo árabe á quien el vino está prohibido.

El pueblo mas alegre del universo es el pueblo andaluz, que hace la Manzanilla y el Jeréz seco,—esos dos milagros,—y despues se los bebe.

Desde Alejandro Magno hasta Negrete, cien y cien generaciones de sábios han buscado en el vino las ideas.

Diógenes, filósofo griego que andaba muy mal vestido, vivia en un tonel, yo no sé si para no pagar casa ó para demostrar que el hombre perfecto debe poner taberna.

Mientras Cuba no se ha deteriorado hemos sido felices los españoles.

Despues de la insurreccion de Yara nos ha hecho pasar muy malos tragos.

Así como hay presbíteros que dicen misa todos los dias y no se salvan, hay borrachos que no son bebedores.

Se habla del sacerdocio de la prensa, esa patraña, y no se habla de los sacerdotes del barril, esos bienaventurados de legítimo cosechero.

Así como escribir gacetillas insulsas no es hacer opinion, emborracharse no es beber con filosofía y método.

Hasta el retruecano lo dice:

El que apura las heces, hará eses.

La vida sin vino seria una comedia sin decoraciones, una copla sin estribillo, unas elecciones legales. La monotonia y lo imposible; lo insulso y lo inverosimil.

Los vinos muy alcoholicos y los hombres de mala intencion, no deben tratarse mas que superficialmente.

Dos borracheras terribles se conocen: la de vino añejo y la de ideas nuevas.

Sin embargo; comprendo que no se fume por no enfermar del pecho y que no se ame por no padecer del bolsillo, pero no me esplico que no se beba por evitar la borrachera.

Beber poco, es medicinarse; y beber mucho es apelar al suicidio.

Bebamos lo suficiente para salir de este mundo sin llegar al otro.

El que no se ha emborrachodo nunca, puede decir que no ha estrenado sus ilusiones.

El que se emborracha todos los dias, se dá á si mismo garrote con el tornillo del placer.

Un borracho de Champagne se bebe la música de Offembach á 50 rs. botella.

Un borracho de Montilla se bebe el sol por un módico precio.

Beber Rhin pálido y soso, es lo mismo que besar el retrato de una mujer rúbia. Nada entre dos.... copas.

Hay seres que no han salido nunca de sus pueblos y personas que no han bebido mas que Valdepeñas. Estos son los abonados á lo insufrible.

Así como se debe amar á todas las mujeres bonitas por honor al sexo, se debe beber de todos los vinos por amor á la ilustracion.

El que se emborracha con vinos diferentes, viaja sin moverse de su comedor; y ya sabe usted que los viajes ilustran y cuestan mucho dinero.

Yo sé que el Oporto es un vino fanfarron que quiere imitar al Jeréz, aunque le sobra azúcar y le falta sangre.

Que el Burdeos se pinta de encarnado como las damas francesas.

Que el Champagne es alegre como las *quadrilles* can-canistas.

Que el Borgoña es exagerado como Artagnan.

Que el Rhin es turbio como la filosofía alemana.

Que la Manzanilla es una duquesa vestida de percal.

Y que el Málaga es un brebaje vestido de maton que no se puede beber sin faca.

Cada pueblo tiene el gobierno y el vino que se merece.

El griego sábio y artista bebia el Siracusa y el Chipre en vasos de oro.

El pueblo inglés tiene sus gobiernos liberales que le hacen feliz y su cerveza que le pone gordo.

Nosotros tenemos la *fuschina* en todas las esferas; desde la taberna al salon de presupuestos

Acasos existan séres tan perfectos que pueden contentarse con un solo empleo para toda su vida, y una sola copa para toda una semana.

Yo sé decir, que deliro por los toros que *recargan*, por las mujeres que *reinciden* y por los inteligentes que al pié de la pipa, tabernáculo de duelas, esclaman con voz entrecortada por la emocion:

—Eche usted la otra....!

RECETA PARA SER FELIZ.

IL SEGRETO PARA ESSER FELICE....

Lucrecia Borgia.

No consiste ciertamente la felicidad, en ver como hierve y centellea el dorado vino de Siracusa en la transparente copa, como dice la contralto en la ópera de Donizetti.

Nuestros taberneros, no tienen toda la integridad que la salud pública y el comercio de buena fé, reclaman á una voz.

Hay que buscar, por consiguiente, la felicidad en otras recetas que las alegres coplas de Orsini.

Ahí tienen Vdes. al czar de Rusia.

Apalea los millones de rublos y losmillones de rusos; es autócrata, señor de vida y haciendas, amo de Polonia, duque de Finlandia y de la Tartária, y se fuma los mejores puros del orbe y oye los primeros cantantes de la creacion.

Pues á pesar de todo, tiene un miedo plebeyo que no le deja dormir, como si el nihilismo fuera el mosquito colosal que zumba toda la noche al rededor de su cama.

Y es, que la lista civil, es insuficiente á garantizar la tranquilidad de los que la disfrutan.

La felicidad, señores mios, está dentro de nosotros mismos, que somos ingratos en todas las ocasiones, con esa levadura de optimismo que se llama resignacion y que se pasea por el cuerpo de las almas timoratas y de las que no lo son.

Usted cree que hay algo inútil, algo sin aplicacion, algo sin preveer, en esta admirable máquina del mejor de los mundos posibles...?

Pues se equivoca V. como un simple Castelar casero.

Ahí tiene V. las confiterias al paso de los que sienten su lengua escaldada por el amargo intenso de las desdichas. Basta un esfuerzo de imaginacion, para que el hombre se crea con la boca llena de almíbar, por que la felicidad consiste en figurarnos que somos felices.

Por esas calles de Dios habrá V. visto mujeres feas hasta el heroismo, que van y vienen, alegres y elegantes, por el camino de la existencia, sin sospechar que son horribles, sin caer en la cuenta de que usufructuan una cara servida.

Pues si esos séres no tuvieran la sólida creencia de que son hermosos, no vivirian tan tranquilos, ni tendrian gusto para coquetear y pintarse una vez al dia ó dos si hay peligro de *soiree.*

A nuestros hombres públicos les sucede lo mismo.

La prensa les insulta todos los dias; el país les detesta en variedad de metros; y ellos sin embargo, como están convencidos de que son buenos, bonitos y baratos, gozan de una felicidad que para sí quisieran los que contribuyen.

Aquel convencional fotografiado por la pluma im-

perecedera de Víctor Hugo lo dijo: Dios es el pavo trufado de los pobres.

Nacemos contra nuestra voluntad, débiles, súcios, repugnantes. La desgracia, bajo la forma monstruosa de la miseria; las pasiones no satisfechas; el hambre jamás aplacada, la sed eternamente viva, nos combaten encarnizadamente, desde la cuna al sepulcro pasando por la cesantía, fuga de nóvias, petardos de los amigos, monedas falsas y otros desengaños de menor cuantía. Sin embargo, una aspiracion perenne nos alienta, una luz nos guia: el consuelo, el ánsia, la seguridad de gozar despues de la muerte la compañia plácida de las once mil vírgenes, allá en lo alto, donde el sol tiene su palacio tallado en brillantes no empeñables y viven los ángeles en un estado de desnudez pudorosa.

Así es, como nuestras gargantas pasan sin protesta las malas comidas; así es, como nos resignamos con lo deteriorado de nuestro traje; así es como nos parecen tolerables esos garrotazos que la adversidad descarga sobre los lomos pacientes é inalterables de tantos *buenos Juanes* como somos en el mundo.

La felicidad es una onza imaginaria que los desdichados creen tener en el chaleco. Todo consiste en no meter jamás las manos en el bolsillo para buscarla.

Buen tonto será V. si se espone á encontrar una papeleta, de empeño en lugar de los dorados diez y seis duros de que todo mortal tiene derecho á creerse poseedor.

¿Conoce V. nada mas amable que la vida? Cierto es que cada cinco pasos se encuentra V un bruto dorado á fuego, incapaz de gozar los millones que la fortuna loca ha ido amontonando en sus arcas; verdad es que algun que otro personaje del drama social, se muere de frio y de hambre y se sujeta el cuello de la camisa con obleas. mientras otros usan botones de una sola perla; y que hay quien almuerza come y cena correc-

tamente, en tanto otros cometen esas faltas de ortografía que se llaman ayuno en el lenguaje convencional de la cocina; pero así y todo róbele V. á los pobres la serenidad de las noches de primavera, el espectáculo de la mar enfurecida, el aroma de los claveles, pebeteros naturales del templo de la Naturaleza, los acentos conmovedores de la música cuando alguna orquesta toca gratis, y otras grandezas que no son para descritas.

Yo conozco un jóven, de buena familia, que está empleado en consumos, con cinco mil reales y descuento.

Todas las mañanas, antes que el mundo entóne ese himno de alabanzas, que han creido oir muchas personas y que yo no tengo el gusto de conocer mas que por referencias, se vá nuestro hombre á su oficina, y allí pasa las horas ardientes de la canícula haciendo números, dando gracias al ministro de Hacienda y compadeciendo á los que no tienen empleos.

En tanto, los ricos duermen á pierna suelta; no son ni dignos de ver las muecas que hace el sol cuando sale del mar, como un bañista que hubiese estado zambullido toda la noche; ni conocen la sutileza del aire de las madrugadas, tan alabado por los poetas y tan apropósito para inspirar sonetos como para engendrar pulmonías.

Otras veces tocan á fuego. Las campanas se ponen roncas á fuerza de vocear desde lo alto de la torre la existencia del peligro. Los propietarios palidecen pensando en si la finca número X de la calle H, se les habrá quemado, tornando en reguero de chispas, semejantes al salibazo de un ciclope, 6 ú 8000 duros de felicidad.

Y el desheredado, el infeliz, pero que es dichoso solas en su aposento, se distrae en ver el azoramiento de las personas pudientes y vive de sus ilusiones, mientras los demás comen de sus carnes.

Pues suponga V. que un año hace mucho viento y se cae la almendra; ó llueve mucho y se pierden las uvas. Para el dulce que come y para el vino que bebe uno de esos dichosos, que no lo parecen, siempre tienen frutos los árboles y las cepas.

Lo habrá V. oido decir: la fé mueve las montañas. Pues si una cosa tan debil como la fé hace semejante empuje, ¿que no podrá hacer una cosa tan fuerte como la voluntad?

Despues de todo esto, la prensa periódica es lo que mas se opone á la felicidad de las personas.

Cuando Napoleon III padecia aquella enfermedad molesta que hacia tener al mundo diplomático los ojos fijos en el orinal del César, en todos los círculos se debatian las probabilidades de la muerte del grande hombre.

Las agencias telegráficas anunciaban al mundo entero los progresos de la sonda del doctor Nelaton y los enemigos opersonales de Luis Bonaparte no ocultaba su regocijo si el alambre indiscreto ponia en noticias de todos, los sufrimientos de aquella inviolable naturaleza.

Comprende V mayor tormento...? Ser poderoso, tener sembrado el ódio en muchos corazones y sufrid indefenso, adivinar el regocijo de los contrarios cada vez que el mal físico recrudecia sus ataques!

En cámbio los mansos, los sigilosamente dichosos nos vamos al hospital á la chita callando, y allí, si nos amputan el brazo que nos daba de comer ó nos abren en canal, nadie se aflige, ni nádie se regocija, y asi evitamos temores al sastre que nos vé morir insolventes, lágrimas á los séres que tienen el censo moral de llorar cuando se les muere algun déudo y visitas improductivas al médico.

¡Que forma tan nueva de la felicidad! ¡Qué receta para hacerse uno mismo el placer en casa, como hay

quien se hace los zapatos clavados por un esfuerzo de ingénio y de economía!

El doctor Panglóss de Voltaire se ha ido mejorando á medida que las generaciones, por la observacion y la esperiencia, han cosechado mayor número de verdades.

Hoy, además de que se ha robustecido la teoría de aquel mundo está perfectamente organizado, regido é impulsado y de que todo pasa porque debe pasar, poseemos el undécimo mandamiento—*no estorbar*—que dá la norma de conducta á los que se empeñaban antes en una lucha estéril á brazo partido con la desdicha.

Si logra usted pasar desapercibido; si tiene usted muy buen cuidado de no turbar la digestion de los poderosos, tendrá ustedl a felicidad al alcance de sus médios.

Para lograrlo no hay más que resignarse á ser escoria, detritus, sedimentos, sobra, secrecioni, ó como V. quiera llamarse, apreciando su propia insignificancia; que todavía no han hablado los periódicos de un solo caso de suicidio por resignacion, ni se sabe de quien no ame la vida teniendo buen cuidado de creer salmon el bacalao vil, la patata manjar de Dioses y ambrosia regalada el vino peleon que espénden algunas almas piadosas.....

Con que ya sabe Y. la receta.

La felicidad es una onza imaginaria que todo el que quiere tiene en el bolsillo del chaleco. Conviene, sin embargo, no cambiar el oro de las ilusiones por la calderilla de la realidad.—Vale.—

CRANEOSCÓPIA.

Desde que un eminente alienista sostiene que Garayo el *Sacamantecas*, asesino y violador de 18 mujeres, no merece garrote por que es *un loco que no lo parece*, todo padre de familia, que se estima, se ha dedicado con ardor al estúdio de la craneoscópia, que es la ciencia de adivinar, por medio del tacto, los destinos y predisposiciones de la venerable cabeza humana.

El modesto arte de la sombrereria, que limitaba antes sus aspiraciones á librar del constipado á la humanidad que se cubre, tiene ya horizontes mas anchos. Con ver el contorno de cráneo de un marchante que va á encargar un hongo de primera ó un sombrero de canal, sabe si el recurrente es sabio, idiota ó algo *Sacamantecas*.

Yo me alegro de estos progresos, porque aspiro á la dignificacion de todos los oficios, y sueño con que han de llegar dias de gloria en que será lícito y hasta loable, dedicarse á prestamista, tipo que en la actualidad pasa por una especie de *Pancha-Ampla* con tienda abierta; pero mi júbilo no reconoce límites, cuando

considero que la craneoscópia nos lleva insensiblemente á dar con la guarida del alma humana, cuya existencia han debatido tanto los filósofos desocupados que se dedican al estudio de la psíquica y otras sublimes majaderias.

Si, señor lector; el alma existe en los chichones del cerebro. Los respetables hombres públicos que hasta aquí han pasado por *almas de cántaro*, están de enhorabuena, si del exámen de sus distinguidas cholas resulta que no tienen predisposicion á la alfahareria.

Algunos, mal avenidos con la prosa de la ciencia, dicen que eso de dar al alma un alojamiento tan estrecho, es empequeñecerla y materializarla, y poetisas conozco yo, tan enamoradas de lo grande, que quisieran que el alma se les paseara por el cuerpo, sin pensar que el menor grano indiscreto, pondria en peligro la existencia de ese soplo invisible, si no tuviera una caja huesosa, tan dura como la mollera, donde guarecerse.

Algunos sábios, de esos que llegan siempre con retraso, aguardaban antes á que se muriese la persona sospechosa de sabiduria ó de locura; le abrian bonitamente el cráneo, por un procedimiento análogo al que usa el Banco de España para abrir contribuyentes; le extraían la masa encefálica; la pesaban; y despues de tres dias de malos olores, se averiguaba, aproximadamente, si el muerto habia sido persona de inteligencia con aptitudes para la música ó para el toreo.

Hoy, pasan las cosas de otro modo, un simple reconocimiento, por medio del sentido del tacto, nos dice la verdad entera sobre el destino, las inclinaciones y los gustos del observado.

Por este sistema, los ministros podrán buscar empleados idóneos; los obispos ordenaran solamente á aquellos presuntos presbíteros que tengan verdaderos bultos místicos en la coronilla; y las madres previsoras elegirán entre los novios de sus hijas, al que ofrezca ma-

yores protuberancias capaces de hacer la felicidad conyugal.

—¿Qué desea V.?

—Señor ministro, un destino en Hacienda.

—Pues no sirve V. amigo; para depositario de fondos tiene V. demasiado desarrollado el órgano de la adquisividad

Tal pudiera ser el diálogo, capaz de acabar, por obra y gracia de la craneoscópia, con esa peste carbunclosa de las irregularidades.

—Si V. S. Y. se dignára ordenarme de diácono...?

—A ver esa camocha... Uff! no sirve V. para presbítero! El órgano de la acometividad es casi nulo. No seria usted capáz de aprender nunca la carga elemental en once tiempos!

Y el deshauciado, sintiéndose moralmente eunúco por el fallo de su diocesano, podria dedicarse á portero de monjas ú otro oficio así de sedentario, que no exija latin, ni táctica militar.

—Mira, Manolo; mañana vén temprano, que mamá quiere registrarte.

—¿Cómo? ¿registrarme? ¿pero tu madre es carabinera?

—No, hombre; lo que mamá quiere registrarte, es la cabeza, para ver si tú puedes hacer mi *felicidaz!*

Al dia siguiente, Manolo novio y auxiliar setimo de loterías, comparece ante sus futuros suegros con la cabeza descubierta.

—El órgano de la amatividad está bien desarrollado; pero el de la paternidad abulta mucho. No sirve usted por demasiado fecundo.

—Mujer,—objetará el suegro—en cambio tiene muy fuera el chichon de liberalidad y podrá regalarnos algo. Déjalo que hable con la chica.

Y Manolo quedará, desde luego, como novio de

plantilla, gracias al hueso de las dádivas, que no es mas que un calamonazo que se dió la noche antes soñando que le dejaban cesante.

Los profesores de craneoscópia, dispondrán, andando el tiempo, del porvenir de las familias. Ellos serán los personajes mas influyentes en el hogar, como lo fueron antes, el confesor de la señora de la casa y el fraile tabacoso y chocolatero, amigo del señor.

—Señor profesor, tenga usted la bondad de tentar á mi niña á ver á que la dedicamos.

—Tiene una perfecta organizacion de chismosa; hágala V. devota.

—Y el niño? qué le parece á V. el niño?

—Muy bien, en su clase; es completamente imbécil. Haria un excelente académico.

Las agencias para la colocacion de sirvientes, darian trabajo á multitud de médicos frenópatas.

Los criados golosos podrian, entonces, huir de las confiterías; los maridos predestinados evitarian las mujeres con primos; y la humanidad pareceria iluminada por una luz discretísima. ¡Qué claridad en los juicios! ¡qué acierto en las profecías!

El futuro dominio y reinado de la craneoscópia, tendrá, entre otras ventajas, la de colocar á cada quisque en su verdadero sitio, aplicándolo á aquellos trabajos mas en armonía con las predisposiciones de su espíritu.

Embajadores de hoy, que no sirven para llevar un mal recado, descenderian hasta el portal del memorialista.

Ministros universales, veria usted de guardias de órden público.

Muchos nobles, que hoy almuerzan con *Frascuelo*, serian estoqueados por el mismo.

No pocas duquesas, volverian á la cocina; y muchos excelentisimos señores quedarian de perversos simples con ó sin grandes cruces.

El espiritualismo no tiene nada que temer de la moderna ciencia.

Si hasta ahora no se ha espantado de que algunos hombres vivan con *el alma en un hilo*, *el alma entre los dientes* y *el alma en su almario*, tampoco debe espantarse de que se sepa quienes son los que tienen *el alma atravesada*.

¡Que mentís para los escépticos, que sostienen que el alma reside en el estómago! ¡Que desengaño para los materialistas, que no creen en la existencia de mas alma que la del alma-naque!

Lejos de empequeñecerse el alma, desde que se ha esteriorizado, desde que cada cual la lleva bajo el sombrero, parece que es mas grande, porque está á la vista y á las manos de todo el mundo.

A la mirada investigadora del siglo XIX no podia escaparse el lugar diputado donde el alma vive á pupilo. Este siglo que conoce á los grandes *timadores* en la manera de llevar el frac, hubiera tenido que deponer el cetro del progreso si se le vá la receta para conocer el pié de que cojea cada alma.

Los moralístas, que como dice el espiritual escritor francés, son unos hombres capaces de escribir un tomo infolio para probar que está feo meterse los dedos en las narices, acaban de ser derrotados por los modestos industriales de que he hablado antes.

Escribid, escribid, sobre el libre alvedrio; investigad, investigad, acerca de los atributos del alma.

Un dia entra un caballero, tenido por una lumbrera de la moral y de las buenas costumbres, en la primer sombrerería que halla mano; pide un clac para asistir á la solemne distribucion de premios á la virtud; el dependiente le encasqueta la máquina de tomar medidas; y luego, cuando se ha marchado, dejando dibujada la estructura de su alma, dice el oficial encargado de hacerle el clac:

—Este caballero debe haber venido entre guárdias civiles; por que tiene los chichones necesarios para ser uno de nuestros primeros bandidos.

EL SEXO DÊBIL.

Es una frase convenida.

Nuestros dulces verdugos han de ser débiles, y no puede nadie sustraerse al imperio de esa especie de concordato hecho entre partes, de la una el hombre, fuerte, invencible, casi feroz, y que sin embargo no sabe decir *nó pago*, cuando la modista le exhibe cuentas increibles, y la mujer, nerviosa, dada al desmayo, delicadísima, y tenaz en punto á modas y á otros puntos que no son para mentados en un artículo.

¡Pobrecitas mias! yo no deseo molestarlas, yo no quiero enardecer su piel delicada y sútil con las picaduras enconosas del epígrama; yo las adoro de balde y suelo darlas algun dinero encima; pero al propio tiempo que tan gran respeto las rindo y tal culto las profeso, deseo que pongan las cosas en su verdadero punto de vista y que si en buen hora se llaman hermosas por que lo son, y adorables cuando jóvenes y venerables cuando madres, no se apelliden nunca debiles,

va que son la fuerza por mas de siete conceptos distintos.

Débil la mujer? vamos, que no puedo acostumbrarme...!

Quien como yo las haya visto levantar una piedra de doce arrobas con el pelo y levantar al público y levantar ronchas, que todo eso y algo mas levantan, no consentirá nunca en ese trastrueque de adjetivos.

Me dirá V. que la mujer es frágil, pero frágil no es lo mismo que débil. Gracias á Dios y á D. Roque Barcia, se sabe que en castellano no hay sinónimos y que cuando mas, las palabras que tienen entre sí cierto parecido, son primas hermanas.

Del sexo débil salen las patronas de huéspedes, que sostienen, con la colaboracion del cocido, una cuarta parte de la poblacion de España.

Mujer con derecho á debilidad fué Isabel I que en un rasgo de gimnasia patriótica arrancó á los frailes del Consejo de Salamanca todo un mundo, *en el cualo* habia de haber, andando el tiempo, capitanes generales y otras enfermedades.

Santa Teresa, Carlota Corday, Juana de Arco y mi suegra, fueron mujeres, débiles, como se apodan ellas para dominar mejor; y vea usted lo que son las frases hechas: la pluma de la santa poetisa ha edificado monumentos imperecederos, que ya estarian por tierra si fuesen obra de la albañilería masculina; el cuchillo de la bretona salvó del patíbulo mas cabezas que pelos tienen las barbas del sexo feo en ambos continentes; la lanza de la iluminada lorena mató mas ingleses que yo para mí deseo, y la lengua detonante de mi mamá política destruyó varias veces mi felicidad doméstica y derribaba el chinero casi todos los dias.

De la revolucion vengo y á la revolucion voy; decia una vez un hombre fuerte hablando en parábola, como le demostró el Ministro respectivo en el folletin siguien-

te. Yo le parodio y quiero ir á la revolucion de los vocablos, para ver si alguna vez las cosas son como se llaman ó se llaman como son.

Haga usted el favor de venir conmigo á cualquier Diputacion provincial de la península, en busca de ejemplos. Las nodrizas pertenecen al sexo débil; no se puede negar. Mírelas usted, sin embargo, criando á sus pechos toda la aristocracia de lo desconocido en forma de párvulos de la inclusa; y mírelas usted, item mas, soportando la succion pasiva los Ordenadores de pagos, que por no ser fuertes, ni siquiera lo están en administracion, hoy que el oficio de administrar se aprende como el del aguador, al primer viaje, mejorando á los aguadores.

Ahora, procedamos por comparacion. La mujer que se llama débil, domina, tiraniza, devora, y comete otros verbos, con el hombre, que se apoda fuerte. *Ergo*,—como diria un neo presidiendo un consejo de guerra, ó en otros actos literarios,—es superior á los fuertes, y no puede ser débil con relacion á sus víctimas. De esta lógica, que mas de un sábio quisiera para sus gastos caseros, no tiene usted que decir nada, monísima lectora. Se trata de que entrelazados lo bello y lo fuerte, reinen ambos en el lenguaje, lo mismo que reinan en las costumbres.

No le negaré á usted que tras esta serie de alegaciones, se esconde un deseo de irresponsabilidad; pero no puede negarse que el hombre corre á su perdicion á impulsos de esa hélice del capricho, que se llama voluntad de las mujeres.

Cuando terminan unas elecciones puede usted preguntárselo á todos los candidatos triunfantes. Habrá quien haya recurrido al oficio de padre legislativo de la patria, por horror á la vida, por pasion del ánimo, por ódio á sus semejantes, y así sucesivamente, pero estoy seguro de que los mas habrán oido entre sueños

una voz de timbre delicado, pero imperioso, que les habrá dicho: ¡Pedro, presentate candidato! es decir: ¡Lázaro levántate! Y Lázaro se habrá levantado resuelto á echarse al pozo ó á cunero que viene á ser lo mismo.

Otro atributo de la fuerza: las lágrimas. Usted guerrero de apellido ó de oficio, habrá pegado algun que otro *sablazo* en su vida militar y política. Si el enemigo arrugó el ceño y se defendió, usted sentiria subir el valor como una marea de ira; si, por el contrario, el enemigo cerró los ojos y los abrió luego arrasados en lágrimas, se le caeria á usted el sable de las manos. Así es como la mujer desarma con una gota de agua salada, mientras el hombre necesita alguna plata gruesa para librarse de sus enemigos.

Cuando mas lo pienso menos lo puedo tolerar.

¡Débiles las mujeres...? En Turquía ponen inservibles á los sultanes; en París devoran familias enteras. Una mujer creó, con el hecho de nacer, el odiado partido carlista. Otra, en cambio—y yo la conocí—libró de la muerte á un pueblo de 500 vecinos, en época de epidemia, huyendo con el médico á países estrangeros. Eva, primera mujer de que se ha hablado mal, inventó el pudor; mientras que Adan no pudo inventar mas que los sastres.

Ayer mismo, despues de tomar un té muy discutible en una tertulia de carácter profano, con vistas á lo eclesiástico, los hombres hacian frases, mientras las mujeres hacian la barba á todo bicho viviente. Un gefe de estancadas aventuró esta idea de á treinta y cinco céntimos el paquete:

—Observen ustedes; en el ramo de la Hacienda pública todo, hasta la nómina, es femenino.

A mí me parece que ha sonado la hora de las justicias, máxime cuando esta hora á que yo me refiero, no toca á repartir nada que valga dinero.

Puesto que somos menos en número y en poder justo es que seamos los débiles con uso de uniforme.

En esta teoría, y no en el amor libre, está la emancipacion del bello sexo. Ellas que administren, ellas que cobren las contribuciones, ellas que desaparezcan con los fondos.

Seguro estoy, de que si las constituciones políticas las hicieran las mujeres á cara descubierta, tendrian todas un capítulo de las compótas, en vez de ese cargante título de los derechos individuales; unos derechos que no han logrado aclimatarse en el hogar doméstico, donde la mujer gana todas las votaciones, porque es la que habla mas y mejor.

Citaré algunos, muy pocos, ejemplos, antes de concluir para dejar á usted, lectora, bajo el dominio de una verdad tangible.

Todo lo que en sociedad toca pito, pertenece al género femenino:

La política, la prensa, la opinion pública y la agencia de préstamos.

Ahora, que se llame débil un sexo que posee las credenciales y las papeletas de empeños.

VIDA DE PERROS.

(Robado á Pierre Veron.)

I.

Yo conocia un perro.

Se llamaba *Fausto.*

Era el perro de una marquesa vieja, sin hijos, sin parientes, colosalmente rica; una marquesa que todo lo tenia apergaminado, escepto las fibras misteriosas del alma, donde vivia su amor inmenso por *Fausto.*

Era viuda, y el difunto marqués bajó al barro plebeyo de que está hecho este mísero globo, sin que su esposa le hubiese concedido una aproximacion de *Fausto*: esto es, sin que hubiera sentido por él un cariño semejante al que le inspiraba aquel perro de sus entrañas.

Al perro le conocia yo.
Se llamaba *Fausto*.
¿Verdad, que es un bonito nombre?

II.

Tambien conocia yo á un muchacho de mucho talento.

Se llamaba Juan.

¿Verdad que el nombre huele á sirviente de escalera abajo?

Para los tiempos que corren, Juan era la bondad misma; una especie de ángel encuadernado en rústica como le decia un amigo que solia pedirle cigarros.

Se llamaba Juan y era poeta.

¿Qué oficio es ese?

He tenido el honor de decir que era poeta.

Cuando llovia y las nubes enviaban á la tierra el contingente de sus lágrimas; cuando pensaba que habia familias que se acostaban sin cenar, él, que rara vez comia, solia llorar.

Por lo demás, ya he dicho que era un buen chico.

Tenia el cerebro lleno de ideas generosas, era millonario de buenos sentimientos.

Arquitecto incansable de castillos en el aire, trabajaba á toda hora en la torre de Babel de sus ilusiones.

Caminaba por las calles entre fingidas nubes, con los ojos en un punto del cielo, creyendo ver allá en lo alto, los brazos abiertos de su madre, que se murió cuando él era muy pequeño; ó la sonrisa de su novia, salvo que jamás habia tenido novia.

De vez en cuando, le hacia correr el coche de uno de nuestros primeros imbéciles y mas acaudalados millonarios.

Trabajaba como un batan, incansable, persistente, obstinado.

A fuerza de escribir, no se acordaba de que habia cafés en el mundo, ni billares, ní paseos, ni horas de dormir.

Este era el jóven que yo conocia.

Se llamaba Juan.

¿Verdad que el nombre huele á sirviente de escalera abajo?

III.

El perro era regañon, mal criado, antipático.

Así que os veia llegar, sentia unas irresistibles ganas de morder.

¡Oh! y si podia...

Si no podia, por que le sujetaba alguien, os enseñaba durante media hora dos hileras de blancos y agudos dientes, que llevaban el terror á todos los pantalones y á todas las pantorrillas.

Su dueña encontraba encantadoras todas estas monadas.

Juan, el poeta, era dulce, paciente, bien educado.

No hablaba mal del gobierno, ni siquiera de los otros poetas.

Veneraba á los pobres.

Sentia una especie de adoracion por los niños.

Todavia me parece que veo su sonrisa, que no tenia mas traduccion que esta:

—Caballeros; el que no piensa mal no hace daño á nadie.

IV.

Si hubiesen ustedes visto á *Fausto* pasear por el

Retiro ó la Castellana, en la carretela de su señora la marquesa...!

Hubieran ustedes dicho que desde aquella altura despreciaba á todos los que tenian la infamia de pasear á pié.

Y eso que no pasaba de ser *un perro chico*!

Cuando tenia el capricho de saltar á tierra, bajaba presuroso del pescante un lacayo galoneado que le llevaba en brazos ó bien le conducia atado al estremo de un cordon de seda, cadena con que el amor de su dueña aprisionaba la felicidad de poseerle.

El lacayo, alto y fornido como un San Cristóbal, caminaba lentamente detrás del perro, teniendo muy buen cuidado de no pisarlo, y deteniéndose respetuosamente, si *Fausto* sentia apremiante necesidad de... detenerse.

Y á toda hora podia verse á aquel inmenso trozo de esclavo dorado andando detrás del perro.

¡Hala! ¡hala! ¡anda que te anda!

A Juan, tambien se le encontraba, lloviese, nevase, ó hiciese sol, andando aceleradamente, como el judio errante de la esperanza; como si al final de la carretera de las penas hubiera de encontrar la posada de la felicidad; meson pérfido donde con tanta frecuencia le dan á uno gato por liebre.

De casa del empresario á la imprenta; de la imprenta á casa del empresario.

Siempre con los papeles debajo del brazo; siempre con una pena sobre el corazon.

¡Hala! ¡hala! ¡anda que te anda!

V.

Ustedes no lo saben.

Yo sí.

Fausto tenia un paletot algodonado y todo, obra maestra de la modista de la marquesa.

¡Qué paletot mas mono!

Era azul.

Un abrigo caliente y lujoso, que le hacia ir elegante y le preservaba de la *grippe*.

¡Qué bello estaba *Fausto* los dias que la ternura de su marquesa ponia sobre las lanas rizadas la dulce carga del paletot!

Todo el mundo se paraba á mirarle

Muchas señoras soltaban el brazo de sus maridos ó de sus amantes, para verle desaparecer á lo lejos.

Muchas decian entre tristes y envidiosas: ¡qué monada!

Un dia, yo mismo estaba contemplando la suntuosa y confortable elegancia de *Fausto*, cuando vi pasar á Juan.

No recuerdo á cuantos grados bajo cero estábamos y el infeliz, haciendo al invierno ofensa, llevaba puesta una americana de alpaca, vieja, con la respetable vejez de cinco veranos, deslustrada, desteñida, de ese color entre verde y negro, con que embadurna el tiempo todas las ruinas.

Más que levita, era un pretesto para tiritar sin que los demás lo advirtiesen.

Y Juan tiritaba, y tiritando tosia, y tosiendo, tosiendo, se moria sin que nadie le tuviese lástima.

¿Lástima...? ¡¡ja ja ja!! Ahora si que me rio de buena voluntad! ¿Quién le habia de tener lástima?

¿Las gentes honradas, tienen el deber de fijarse en un quidam helado, como se fijan en un perrito interesante y bien vestido?

Además; Juan tenia la soberbia de andar muy deprisa, para que no reparasen en él.

VI.

La marquesa esperimentaba diarias y trascendentales preocupaciones, para disponer el *menú* de la comida del apático é inapetente *Fausto*.

—Esto no le agrada; aquello le repugna. ¡Pobrecito! está desganado!

¿Qué le dará la madre á su niño,
que le dará que le sepa bien?

A Juan se le oia decir tres ó cuatro veces á la semana:

—Hoy no me toca comer; mañana... veremos.

Y cuando amanecian dias prósperos de abundancia para Juan, se le veia despilfarrar doce cuartos en una fonda del bajo imperio, donde llamaban *guardias civiles* á los arenques, *solomillo de huerta* á *las acelgas*, y donde servian nutritivos platos de carne con patatas... todo patatas.

VII.

Pero todo tiene fin en este mundo.
Fausto, pagó

la deuda que los mortales
contrajeron al nacer,

y salió en tren directo para el paraiso canino, de resultas de una indigestion, de que fué cómplice su mèdico de cabecera.

¡Qué dolor! ¡que desesperacion los de la marquesa!

Por que llegó tarde á «La Correspondencia» no

no salió la esquela de defuncion en la primera plana del eco imparcial de la opinion y de la prensa.

Casi estuvo inclinada á hacer á *Fausto* unas suntuosas honras fúnebres; pero, Artemisa á la moderna, se decidió por embalsamar á su Mausoleo.

Hoy puede verlo todo el mundo, dentro de un fanal limpísimo, ocupando el testero principal de la gran sala de honor del palacio de la marquesa.

VIII.

Y es que todo se acaba en el mundo.

Por eso un dia, se acabó la resignacion de Juan.

El pobre muchacho se cansó de correr por el mundo sin encontrar asiento; de ser el último número de la lotería de la dicha; de escupir mientras los otros fumaban; de sentir los horrores del cólico, mientras los demás se atracaban de trufas; de no tener camisa, mientras todos los *Faustos* del mundo, mas ó menos perros, estrenaban mantas algodonadas; de ser una especie de mondadientes humano, con que los repletos, los ahitos, se limpiaban la dentadura despues del banquete.

Llegó al viaducto.

El ojo de la vigilancia pública, dormia.

Escaló la barandilla y confirmó sus desposorios con la desdicha, arrojándose al vacio, que le devoró, como ya le habia devorado la miseria.

XI.

Cuando llegó el juez de guardia, trató en vano de identificar la persona del suicida.

Nada de cédula; nada de cartas despidiéndose del mundo, que no habia reparado en él, ni de la pupilera, que no habia querido aceptar promesas para el porvenir á cambio de almuerzos en el presente.

Versos y mas versos en todos los bolsillos.

Y entonces, dirigiéndose al escribano, el juez dijo:

—Ponga V..... «el cadáver de un desconocido, vago de profesion».

¡EL MUNDO MARCHA!

Italia, el país de los tenores de gracia, y de las tiples de á 500 francos y ropa limpia, acaba de dar un salto en el camino del progreso, que para sí quisieran muchos acróbatas sociales, de esos que son escribientes dos semanas y Directores generales durante el resto de su vida.

Teníamos el drama histórico, por medio del cual, los génios melenudos de la escena, sacaban á la pública vergüenza á Felipe II enamorado de la ilustre tuerta princesa de Éboli y asesino de su hijo Cárlos. Teníamos en el drama de levita, «La Carcajada», que enseña á robar con cautela; «El nudo gordiano» que demuestra que para vivir honrado es menester matar á la mujer seducida y dejar tranquilo al seductor, lo cual es mas fácil y menos espuesto; y otra porcion de demostraciones habladas, en verso y en prosa, de que el hombre es el primer botarate de la creacion. Pero si

el arte dramático era ya tan inútil que solo servía para derramar sobre las multitudes la moral en quintillas, y si la música ha permitido á Verdi poner la tisis en llave de sol y al alcance de las tiples ligeras, el baile habia vejetado hasta aqui en un círculo verdaderamente vicioso de pantorrillas postizas, que era un dolor.

Sin embargo, la inventiva humana, que dicta sus mejores sonetos á los poetas de uso prohibido, aunque externo, no podia permitir que los «batimanes», «trenzados» y «pasos sobre las puntas», quedasen perdidos para desgracia de la humanidad, que de todo debe sacar loables enseñanzas.

Efectivamente; una mañana amaneció con las narices hinchadas uno de los mas distinguidos coreógrafos italianos; miró fijamente las caderas de la primera bailarina de su teatro, palpó, con las manos del arte, el torso y los muslos del primer bailarin, y convencido de que no habia de faltarle la primera materia, inventó acto contínuo el baile histórico, que consiste en representar, por medio de trascendentales cabriolas, los grandes hechos de la Historia.

Para hacer boca, el coreógrafo de referencia, puso en escena un baile científico «que dá la hora», como dicen en Andalucia, y que tiene por argumento los grandes inventos del siglo pasado. Volta, representado por un bailarin, que gana veinte reales sin la comida, inventa la célebre pila que lleva su nombre, al compás de una música «acancanada» y verdaderamente eléctrica. La primera bailarina, dá dos vueltas sobre su eje; las trasparentes y cortísimas enaguas se sublevan; el público adivina todo un paraiso de carne jóven debajo de las mallas de seda y queda electrizado. No se puede pedir mas, por menos dinero. Despues, Torricelli, el inventor del barómetro, sale á las tablas hecho un danzante; esto es, danzando al compás de una polka íntima. Con una mano tira besos á

los espectadores del paraiso, y con la otra sostiene la cubeta llena de mercurio y el tubo de cristal en que consiste su útil instrumento. Si la bailarina encargada del papel de Torricelli está mal de piernas, los ingresos bajan y con ellos desciende, hasta la quiebra, el barómetro de la empresa.

¡Como vá á cambiar el aspecto del teatro español, cuando el baile histórico pase los Alpes y los Pirineos y llege á España, clásico país de las contradanzas de gobernadores...!

Los periódicos, apesar de que están auxiliados por la caricatura, no son un medio suficiente de hacer la crítica de la Historia. El drama contemporáneo carece de encantos, y si le quita V. los 25 duros diarios que suele ganar el primer actor y el titulo espeluznante con que bautizan los autores á sus hijos intelectuales, el drama es, por lo regular, silbable sainete. Con el baile histórico no puede V. tocar jamás estas dificultades; allí todo es animado, todo tiene vida, movimiento, y cierta «cadencia melosa de caderas», como dicen en «El beneficiado ó república teatral».

Queremos, por ejemplo, representar la época de Cárlos IV; con que dos docenas de duquesas, al desnudo, bailen la zarabanda por todo lo alto, tendrá V. un dos de Mayo en el teatro. Nadie como un bolero andaluz, bajo de nalgas y bien formado, para representar á Godoy seduciendo con sus prendas corporales á mas de un cérebro de alta prosápia.

Yo creo que la Naturaleza ha dado al hombre los piés para algo mas que para escribir con ellos y romper calzado. Es mas; no concibo, ni tolero, esa especie de aristocracia de los miembros, gracias á la cual, la cabeza pretende ser fábrica de ideas con privilegio esclusivo, el corazon órgano absoluto de las digestiones y el estómago residencia habitual del amor y otras pasiones del ánimo. Yo conozco una bailarina que li-

quidó con los piés los millones acumulados por cien generaciones de condes, ricos, pero estúpidos. Los periódicos hablan todos los dias de buenas muchachas que escriben de noche en el tablado de un teatro verdaderos poemas de amor, con elocuencia de cintura abajo. ¿Por qué razon hemos de negar á nuestra base las cualidades que reconocemos á otras extremidades?

Nada; me decido por la Historia escrita á grandes saltos. El descubrimiento de América, sobre todo, tendrá que ver puesto en piruetas.

Cuando falten apenas cinco minutos para alzar el telon, será curioso el espectáculo del escenario.

—¿Y Cristóbal Colon?—preguntará el empresario al segundo apunte.

—Se está pintando; además, espera qne le traigan de su casa un caudal de pelo postizo.

—¡Los inquisidores! ¿Donde están los inquisidores?

—Ya hay diez vestidos: los otros cuatro están completamente borrachos.

—¡Arriba el telon!

—Espere V. hombre! que la primera bolera tiene un muslo mas gordo que otro!

Y el público, cuando llegue el momento solemne del rasgo, se fijará en si Isabel la Católica tiene mas ó menos curvas provocativas y en si Fernando V. está mas ó menos suelto de coyunturas.

Ejemplos así adquiridos, no se borran tan fácilmente de la memoria de las gentes. A estas horas, nadie recuerda ya si don José María Muñoz tuvo ó nó la bondad de desheredar á sus hijos para enjugar el agua que cayó sobre Múrcia; mientras que si un coreógrafo inspirado hubiese hecho un «paso á cuatro» de aquel discutible acto de desprendimiento, las generaciones venideras oirian hablar de lo bien que estaban la Rosita Mauri en las «vueltas de pecho» de la caridad y la

Emilia Pinchiara en la «tarantela» con vistas á la gran cruz de beneficencia.

¿Y el amor? ¿quién espresa el amor mas perfectamente que una bailarina de «punta»? ¡Qué miradas! ¡qué actitudes! ¡qué sonrisas! ¡qué ternura,! ¡por menos de cuatro pesetas diarias todas las noches!

Esos Ministros atacados de satiriasis que no pueden pasar la inquieta vida mas que en brazos de la nómina; esos hacendistas, sacerdotes de Priapo, que han violado todos los bolsillos españoles, serian admirablemente retratados por la primera bailarina, cuando aparece por el foro con las piernas relativamente suyas al aire y los lábios rojos, gracias á la química inofensiva, llenos de sonrisas amables.

Particularmente los niños y soldados, esos séres dichosos que ván al teatro á gozar por media entrada, grabarian en la memoria multitud de detalles preciosos para el estudio de los grandes arcanos de la Historia.

—Fernando VII tenia el pantalon roto por salva sea la parte, cuando aceptó voluntariamente por trágala, la constitucion de 1812;—dirá un párvulo á su abuelito de vuelta de un baile político de gran espectáculo; y á este tenor, se sabrá si Napoleon I se movía bien cuando firmó la abdicacion y si Lucrecia daba señales de cansancio cuando sucumbió á la la lascivia de Sexto Tarquino.

Pelletan lo ha dicho: el mundo marcha. De hoy más y en vista de que se ha descubierto hace varias legislaturas, el medio de que los muertos digan sí á todo lo que les pregunta el Gobierno, y mas recientemente la manera de que un artista por piés, se baile un capítulo de César Cantú, podemos afirmar nosotros que «el mundo salta.»

Dios se lo pague á nuestras primeras bailarinas, que, de aquí en adelante, son las encargadas de difundir la civilizacion y la escultura de algodon en rama.

¡SIN TABACO!

(MONOLOGO PARA RECITADO AL PIANO.)

—Desde mi cuarto piso con entresuelo, se disfrutan muy buenas vistas, que el casero tiene la magnanimidad de no cobrarme.

¡Qué chicos me parecen los hombres á los noventa y ocho escalones sobre el nivel de la calle! ¡Qué cerca se está aquí de Dios y qué lejos del Ministro de Hacienda!

Cuando llueve, soy de los primeros en mojarme, y el sol de la canícula, tiene, sin duda, en su cartera, esta nota: achicharrar aquel Sr. gordo del cuarto piso, que siempre está mirando al cielo; por que la verdad es, que sus rayos llegan hasta mí, mas calientes que á los demás mortales.

Hoy no ha salido el sol. Sin duda está por esos

colegios electorales repartiendo tabardillos á los regidores derrotados, ú ocupado en otras faenas loables; la de teñir de rojo las vestiduras de las rosas de olor, que ahora empiezan á abrirse incautamente, pongo por caso.

¡Què pobre ingenio el ingenio humano! Muere el ministerio y al punto se le reemplaza con otro peor y perdonen ustedes el modo de señalar.

Cualquiera viuda nerviosa es capaz de las segundas nupcias. Todo capitalista que se estima, cambia de botillos cuando el tiempo le destruye los puestos. Y sin embargo de que todo tiene pegadura y sucesion en este mundo, sin embargo de que el ramo de relojes no se agota jamás, porque la necesidad halla medios de ir adquiriéndolos á medida que los devora el Monte de Piedad, amanece un dia en que al sol se le pegan las sábanas, un dia en que Febo llega tarde á la oficina, y no hay medios de hacer un sol interino y temporero, que sustituya al legítimo padre de la luz, como *Ostion* suple á *Lagrrtíjo* en sus salidas á las plazas de provincias.

Puesto que no hay sol, resignémonos á mirar hoy á la tierra.

Cómo atrae el abismo! Desde este Himalaya urbano, me tiraría á la calle, por caer cerca de aquella mujer que ha entrado en el jardin, cuya vista ya he dicho que no me cobra el casero.

Debe ser guapa. Apenas veo distintamente sus facciones. El sitio de los ojos pasaría desapercibido, sinó fuera por las cejas, que parecen dos líneas negras trazadas para decir á los mortales: aquí está el paraiso. Y la verdad es, que se mueve con un ritmo que para sí quisieran muchos poetas sin armonía, que andan de cencerrada por esos folletines.

Vá vestida de negro. Así me gustan á mí las mujeres, algo¡dolorosas... por el traje. No puedo sufrir los colores chillones, ni los milicianos nacionales.

Con algun liberal transijo y suelo tabaquearme, pero lo que toca con un honorable indivíduo franco-tirador ó calamidad para dentro de las poblaciones, no podria *comer buenas migas*, como dicen en Andalucía. En puridad: que me siento algo Sagasta en la manera de apreciar el derecho inalieneable que autoriza á los ciudadanos para tirar tiros al aire.

Se sienta en aquel banco verde de la izquierda, que desde hoy tiene para mí algo de trono. Apuesto á que al extremo de su falda hay nubes, como las hay al pié de todas las imágenes de Maria.

Ahora juguetea con el quitasol y escribe en la arena, húmeda todavía por las lágrimas de la Aurora, que esta mañana ha llorado más que de costumbre, al ver que el sol faltaba á la eterna y amorosa cita.

¡Qué feliz es aquel caballero! Debe ser un indiano, porque la verdad es que su sombrero de jipijapa es algo prematuro á 27 de Abril.

Ahora enciende un puro—el caballero, no la mujer, ni el sombrero de jipijapa—y lanza al espacio huracanes de un humo azul, que debe oler muy bien.

La del vestido negro ha estado un momento envuelta en las nubes artificiales que arroja por la boca el caballero indiano. Parecia la noche, rodeada de esas gasas tan calumniadas por los poetas, en que salen envueltas las estrellas cuando hace luna.

—¿Mas humo? Mi desconocida debe ser hija de algun sargento de carabineros, por que, de otro modo, ya hubiera huido del foco asfixiante en que el indiano la ha sumerjido.

Ahora me gusta más. Una mujer que no pestañea ante el vapor acre del humo de un cigarro, me parece una heroina. Son tan malos los puros que saca de su cabeza el Sr. Director general de Estancadas, á quien sea leve la nicotina...!

Hagan ustedes la prueba. Cuando estén á dos mi-

límetros de la mujer amada, todo lo más cerca que las conveniencias y las sillas permiten; cuando la imaginacion vague por los campos, siempre verdes de la esperanza, cojiendo aquí una flor, deshojando allá un recuerdo, saquen ustedes un cigarro, ponganle ustedes fuego, y procuren que el humo suba en olas adormecedoras hasta la frente de ella; que juege un momento entre los rizos, que el arte de agradar ha puesto allí como escollos donde el deseo choca, y que se eleve por fin hasta perderse en los ángulos de la techumbre oscura de la sala. La mujer, entonces, parece una Diosa de la mitología india, que toma cuerpo á medida que los vapores de una fé absurda se condensan, para salir de la nube creadora llena de todas las hermosuras, rica en todas las virtudes; y si no estornuda, cásense ustedes con ella, y digan llenos de tranquilidad: mi mujer está hecha á prueba de Ministros de Hacienda.

Pues señor, el indiano tiene más pulmones que un predicador huero. ¡Como chupa incansable! Parece un recaudador de contribuciones. Y ella ¡como se sonrie mientras que con su quitasol golpea á compás la punta casi invisible de un pié microscópico! Parece la estátua de la resignacion alegre, caso de que el dolor pueda tener sonrisas.

Fumemos; me han entrado ganas de fumar desde que ese hombre es tan feliz gracias á su humo; un pretesto de que se vale, el muy sibarita, para abrazar á las mujeres que se le sientan cerca.

—¡Ana! ¡Ana! tráigame V. la petaca. ¡En tus brazos señor de tierra y cielos estancados, encómiendo mi espíritu!

Yo he oido decir que dando vueltas á una silla, se establece cierta relacion bélica entre los circunstantes, que acaban por venir á las manos. Voy á ver si estableciendo un telégrafo de humo, me mira ella y se

la quito al indiano. *Se la quito*, esta es la frase, por que ese hombre, que así ahuma á una mujer bonita, debe tener sobre ella el mismo dominio que sobre los chorizos tiene el chacinero que los construye y adoba allá en Extremadura.

—Pero... ¡Ana, Ana! ¿no trae usted la petaca? Tengo verdadera impaciencia, legítima hambre de fumar, mucha más hambre que sed de mando tienen ahora mismo todos los partidos que no mandan.

Pedro Antonio de Alarcon, que es indudablemente el Consejero de Estado que mas ortografía goza, ha dicho que el hombre es un cigarro. Si resulta cierta la frase del célebre escritor, hay que convenir en que á los españoles nos fuma el director de contribuciones; puros y picados, mas picados que puros, mas molidos que picados ó las dos cosas á la vez, segun los años económicos son más ó ménos abundantes en socaliñas.

—Y esa petaca que no viene... ¡Ana! ¿donde diablos está Vd.? ¡pobrecilla! abona su tardanza una razon de tres meses de salario atrasados...!

¿En qué pensará la vestida de negro? Se diria que tiene alguien debajo de tierra, segun la tenacidad con que fija su mirada en el suelo.

Y el indiano fuma que te fuma. ¡Que hombres más felices nos vienen de América!

Mi desconocida saca un pañuelo del bolsillo Lo agita un momento. ¿Si irá á hacerme señas para que baje? ¡Que bonita está así! Parece la hada de la primavera, repartiendo á los cuatro vientos puñados de camelias!

¡Horror! acaba de sonarse! Ha estornudado, como estornudan las prosáicas modistas que cosen para fuera!

Se levanta, se vá. El humo ha ido á engrosar los nublados que entoldan el cielo. El indiano arroja la colilla, como á veces arroja el hombre la felicidad, despues de servirse de ella.

—¿Que dice V. Ana? ¿que no tengo tabaco?...

Despues de todo, me alegro; por que con el producto de las fábricas nacionales, sucede lo que con el gobierno español de todas las épocas y de todos los precios: que siempre es malo.

EL ARTÍCULO 486.

ESTUDIO DE JURISPRUDENCIA CASERA.

> El que contrajere segundo ó ulterior matrimonio, sin hallarse legítimamente disuelto el anterior, será castigado con la pena de prision mayor.
>
> (*Código penal vigente.*)

¡Las leyes! ¡Oh! nuestras leyes...! Confieso á ustedes que la lectura de nuestros Códigos me enternece, al mismo tiempo que me asombra.

¡Qué prevision, que dulce rigor, que solidísimos fundamentos!

Dicen que el abismo atrae, y aunque no lo sé de ciencia propia, lo creo á puños cerrados, porque, es

la verdad, que la inusitada blandura de nuestras leyes, me provoca á cometer algun delito, siquiera sea venial, por el gusto de verme luego cara á cara con los preceptos de nuestros Códigos.

El artículo que he citado al principio, es buena prueba de ello.

La bigámia, ese delito que no puede cometerse mas que por un hombre cuya razon no esté sana, se castiga con prision mayor, cuya extension no excede de seis años.

El legislador se manifestó aquí sábio como en ninguna otra parte, y al verse obligado por los deberes morales, por las convenciones de la sociedad, para quien hacía leyes, dió á estas últimas el mayor grado de benignidad posible; por que al legislador mas negado, no puede escaparse, que la raza de los criminales que pecan contra el artículo 486, es tampoco numerosa, que, amenaza extinguirse, si como yo temo, no se ha extinguido yá.

No lo tome usted á risa.

Yo no tengo, seguramente, autoridad para convencer á los que me leen, pero ahí está, ó estuvo, aquel sábio Rey don Alfonso, que echó los cimientos á nuestra legislacion.

Con aquella ingenuidad de nuestra lengua primitiva, lo dijo en una de sus Partidas famosas, hablando de la mujer, y prohibiéndole ejercer ciertas funciones; *ca es fuerte cosa de oillas è de contender con ellas.*

Esto era entonces, cuando la mujer no habia adquirido ni la décima parte de los derechos que las ideas modernas han ido poniendo en sus manos, como otras tantas armas, que con la hermosura y la seduccion, habian de emplearse contra el hombre, su libertador y fiel amigo.

Se explica, pues, la benignidad del autor de ese artículo de nuestro Código penal vigente; y á fé que

lo he tenido yo siempre por hombre de chapa ó chapado, segun á mis ojos aparece cuerdo, previsor y entendido en la materia.

Por que, señores, no nos hagamos ilusiones; el corazon de un hombre podrá con sus apresurados y violentos latidos llevar toda la sangre al cerebro, y determinar un crímen, dos, ó ciento; podrá la pasion, el dolor ó la demencia, armar la mano del suicida que, en un extremo de ceguera, pondrá fin á su vida y á sus sufrimientos; pero la estadística enseña, y cuando esa señora habla hay que callarse, que el número de los bigámos es infinitamente menor que el de los asesinos.

Por cada cien homicidios, hay medio caso de bigámia, y la elocuencia de los números es irresistible, porque tiene algo de *trituradora*, si el adjetivo no les parece á ustedes mal.

Los delitos contra la persona del prógimo, son muy comunes, y nada escasos por desgracia, los delitos contra las personas de los mismos delincuentes, siempre que el crímen lleve en sí la rapidéz de sus efectos; pero como el hombre si bien puede ir contra el instinto de su propia conservacion, es en tanto que desea librarse de un martirio sin someterse á otro mayor, de aquí que sean pocos, muy pocos, los que toman dos ó mas mujeres, condenándose á *cuatro suegros*, esa cadena perpétua de la familia, y de aquí tambien que el legislador, creyendo, y con razon, que el bigámo es el ave fenix del crímen, ha tomado la cosa á broma y ha señalado al delito *mormónico* una penalidad tan suave.

No puedo retardar mas tiempo una declaracion, que es aquí una especie de cuestion prévia.

Yo no deseo subvertir el órden social.

La familia no tiene nada que temer de mí.

El matrimonio es un conocido mio, á quien apre-

cio, desde el año de 1866, y nada puedo intentar contra él.

Y, la mujer... la mujer es para mí la suma de las perfecciones, el ideal mas alto de lo bueno y de lo bello, especie de gracioso y perfumado búcaro donde viven lozanas y frescas las mas hermosas flores de nuestra dicha, arpa eólica, cuyas cuerdas de seda y oro heridas por los amantes soplos de las brisas apasionadas producen notas arrobadoras, que tanto suenan en ese lugar ignoto donde el alma vive envuelta en las sombras del misterio, como allá en las altas regiones de la inteligencia, donde el deseo forga sus rayos y rugen las tempestades de la pasion.

Conste pues, que no puedo ni debo ser sospechoso, ni á usted lectora de mi alma, ni tampoco á usted, público de todos mi respetos.

Yo no tengo más que un propósito al dar á la estampa este pobre trabajo: demostrar que el artículo 486 es completamente inútil y que así como el parricidio parecia imposible á los espartanos y no estaba penado en sus leyes, la bigámia no ha debido tener mencion en las nuestras, por que aun cuando los españoles nos pasamos el tiempo en dar ocasion y motivo para que se hable mal de nosotros, la perversion de nuestro sentido moral no ha llegado hasta el punto de que se nos deba calumniar por delitos que no cometemos.

Contraer dos matrimonios seria más que un suicidio, serían dos, y la idea de un doble muerto, no cabe en nuestra inteligencia de puro absurda.

Comprendo que nos casemos; es mas, estamos obligados á casarnos; el que no se casa parece como que huye esa contribucion sagrada que debemos á las instituciones sociales, á los fines humanos, y á nuestro propio ser moral y físico.

El solteron es un ser egoista, y á estinguirlo de-

ben dedicarse algunos fondos en los presupuestos municipales, como se dedican á la extincion de ciertas alimañas. Hoy se dice: el que mata una zorra gana dos duros. Mañana, cuando lleguemos á unos cuantos metros mas de altura en el nivel de la perfeccion, se dirá: la que atrape un solteron tendrá tratamiento de excelencia.

Pero no hay que confundir los términos.

El cumplimiento liso y llano de esa obligacion de casarnos, no nos debe llevar al desvario.

Yo creo que el más inspirado mártir, no arrostraría dos veces la hoguera, el potro ó el tormento.

Morir una vez por la fé, es sublime: morir dos veces, es una tontería.

Y luego, ténganse presentes las solemnes ritualidades de que se reviste en España ese acto de recibir el sétimo sacramento.

Recuérdese lo que el hombre sufre en el huerto de las olivas de su *noviazjo*, donde sinó suda sangre, suda la gota tan gorda, entre los alardes de ferocidad de su futura suegra, los caprichos de su adorada y las impertinencias de sus cuñadas.

Hay cosas que no pueden olvidarse: las grandes dichas como los grandes pesares, se escriben indéleblemente en la conciencia.

El que se ha casado una vez ¡ay! no lo olvida nunca.

Si la pena tiene por objetivo moral la enmienda del delincuente, y tanto tiende á castigar como á corregir, el artículo 486 está demás en nuestro Código.

¡La bigámia es imposible!

Castiguense enhorabuena las segundas nupcias, que al cabo existen.

Caiga el peso de la ley sobre esos pecadores empedernidos, y confúndalos Dios amen; que de este modo, al menos, el precepto legal tendrá eficacia y

no veremos el espectáculo triste, de existir en nuestra legislacion una rueda perfectamente inútil.

El inveterado vicio de contraer deudas se castiga con prision en otros paises, y esto que es tan fácil, tan posible, queda siempre impune en España, mientras la bigámia, ese sueño de los criminalistas, el Dorado de los navegantes del Foro, merece una amenaza con fuerza de seis años de prision...!

Por mi parte, si mi voto hubiera de prevalecer en el seno de la comision de Códigos, el artículo 486 se redactaria así:

«La bigámia no es mas que un lamentable caso de enagenacion mental.

«El que contraiga segundo ó ulterior matrimonio, será recluido en el manicomio mas próximo al lugar de su residencia, y se colocará sobre la puerta de su celda esta inscripcion en todos los idiomas:

INCURABLE.»

EL PERIODISTA SERIO.

Asi como todos los órganos del cuerpo humano viven los unos á expensas de los otros, las facultades del espíritu se desarrollan unas á costa de las otras. La energía, por ejemplo, logra próspera vida á costa de la sagacidad y así es como los hombres mas sérios son los que mas hacen reir.

A esta rama afortunada y escepcional, pertenece el periodista sério, que derrocha tesoros de gravedad y de circunspeccion, pidiendo en la gacetilla que compongan un bache que hay en su calle, ó haciendo las delicias de los cavilosos con sus charadas interesantísimas en la seccion de amenidades.

Así como para tocar el cornetin de llaves se necesitan pulmon y disposiciones, para periodista sério entra por mucho la vocacion.

Hombre conozco yo que ha sentido durante cuarenta años el impulso de una voz secreta que le grita-

ba á toda hora: ¡hazte periodista sério! y que por fin, despues de ser fabricante de sonajas, corredor y prestamista de los que *dan por dias*, vino á parar en periodista sério.

Sobre esto hay escrito un drama: «D. Alvaro ó la fuerza del sino».

El periodista sério empieza su carrera por suscribirse al diario mas acreditado de la poblacion; y así que ha ganado la consideracion de sus redactores ¡zás! les suelta un artículo sobre el movimiento de presos de la cárcel pública, ó sobre las bodas de una amiga suya que tuvo casa de pupilos y ahora la vá á quitar de penas un auxiliar de Rentas estancadas.

Y ¡lo que son las cosas! como el periodista sério pruebe las delicias de la publicidad y vea su nombre y su apellido en letras *versalitas* al pié de un artículo, sucédele lo mismo que al tigre feroz que llega á probar la suculenta carne humana; que ya no quiere ningun otro alimento.

Cuando el periodista sério goza mas, es, seguramente, el dia en que pierde la pristina virginidad que le conservaba inédito.

Desde la víspera anda nuestro hombre desasogado y trémulo, pero con unas tendencias á lo solemne, que le hacen pedir en versos de arte mayor el agua para afeitarse.

Por fin luce la aurora deseada. El periódico donde viene el primer parto intelectual del periodista sério, sale á la calle, húmedo todavía por el beso de la prensa, y vá recorriendo las casas de todos los vecinos pudientes, dejando al paso, en una aureola luminosa, fama imperecedera para nuestro hombre.

Sin embargo, está escrito, que el dolor y el placer vayan juntos; y así como se echa leche al café para que no irrite y café á la leche para que no se indigeste, para que haya órden es menester que mande

Cánovas, y para que haya nacionales es menester que el órden sea tan problemático como las tres comidas de ciertos poetas.

Esta ley de las armonías que desafinan, coje tambien de medio á medio el dia de su estreno á nuestro periodista sério y ¡oh dolor! cuando á su poder llega el número que contiene su artículo, vé, con espanto, que ha sacado tres erratas capitales.

El escribió *año* y los cajistas se han tragado el tilde de la *ñ*; donde decia *yo muero*, dice yo *muro*, lo cual le dá cierto aspecto de obra de mampostería del peor gusto; y para mayor escarnio le han puesto *ojo* con *h*, como si fuera el femenino de la hoja; aunque en esto no está él muy seguro, ni ninguno de su familia.

Desde este momento, la suerte del periodista sério está echada. Consulta con su mujer, y á los dos dias el mundo de las letras tiene un servidor mas á quien mandar: «El Solipedo», periódico de política, artes, ciencias, literatura, administracion é intereses materiales y generales, que dirige nuestro tipo con la colaboracion de distinguidos publicistas, por el módico estipendio de 8 reales al mes, con derecho á retratarse gratis los suscritores que paguen un trimestre adelantado.

El primer número de «El Solipedo» viene interesantísimo. En la primera plana se lee en letras gordas: *El virey de las Indias en carta particular nos dice lo siguiente.* Mas adelante, otro corresponsal jura y perjura que ha almorzado con Disraeli; pero lo esencial, *le tour de force* del número, está en un artículo que firma el Director con letra gótica, y que se titula *Delenda Carthago*, *Al borde del abismo*, *Meditemos*, ú otra cosa así, y versa sobre el estado de postracion á que ha venido la policía urbana durante el mando de los conservadores-liberales.

A todo esto el periodista sério va echando fama y aspecto de hombre de porvenir.

Hay que verlo en la mesa. ¡Con qué solemnidad trincha las aves que han sustituido al clásico arróz en el puchero!

¡Con qué aire, casi régio, se pasea por los sitios mas céntricos, dando al público absorto, enteramente gratis, el espectáculo de su importancia!

Un dia recibe un B. L. M. del gobernador de la provincia: ¡Me llaman á formar ministerio! dice á su mujer; y escapa, ansioso de subir de cuatro en cuatro los escalones de la Aduana.

En el despacho de la primera autoridad, sabe que la criada de su casa ha regado á deshora las macetas y que se le llama para que él, el Director de «El Solipedo», la encarnacion viva de la opinion pública, no sea obstáculo á que se cumplan los bandos de buen gobierno.

Desde aquel dia memorable «El Solipedo» se hace de oposicion.

Para sus redactores todas las calles están súcias, y todos los ministerios son endebles.

Una autoridad autocrática los echado de la legalidad y es preciso que cumplan los deberes del patriotismo *en frente de la reaccion que nos azota el rostro*, segun la frase feliz del redactor en gefe.

La importancia del periodista sério va subiendo á saltos.

Los demás colegas deseando dar una prueba de afecto al compañero, aprovechan la menor ocasion para estampar al frente de sus gacetillas, sueltos como los siguientes:

«Nuestro querido, particular é ilustrado amigo, el Director de «El Solipedo», ha salido hoy para Antequera, á donde le llaman asuntos del mayor interés, que no nos es dado revelar á nuestros lectores ».

»Deseamos para nuestro compañero, etc., etc.»

«El distinguido escritor, Sr. X, Director de «El Solipedo», ha tenido la desgracia de perder á una tía política de su señora.

»Sentimos que nuestro compañero etc., etc.»

Y como á este paso los dias son soplos, el Director de «El Solípedo», vá ganando seriedad á todo meter, y las criadas que antes solian verle cuando iba á la cocina á pedir lumbre para el cigarro ó á ver como hacian la compota, se contentan ahora con admirarle en el despacho rodeado de periódicos nacionales y extranjeros, con un dedo en la boca, y los ojos fijos en el techo, pidiendo á la inspiracion ideas contundentes, para exigir desde las columnas de «El Solípedo» que caiga todo el rigor de las leyes sobre las autoridades que permiten el juego de *los metales*, fuente de toda corrupcion y origen del malestar que agobia á todas las clases.

Pero eso sí; el periodista sério, tendrá pocas ideas; pero las que tiene son buenas hasta el hueso.

(Nota.—Este artículo es siempre de actualidad y en todos los casos y detalles está tomado del natural.)

TERTULIAS DE CONFIANZA.

El invierno nos acaba de enviar su correo de gabinete.

Las noches se han puesto frescas, demasiado tal vez para una capital de provincia, que no tiene derecho al frio hasta que la villa y córte se haya servido todo el que necesite para las pulmonías que piense distribuir entre nuestros primeros grandes hombres.

¿Qué hace uno de noche por esas calles? Nada; estropear calzado y pare usted de contar, porque hemos de convenir en que quedan muy pocos pañuelos y en que ya no se vé un relox para un remedio.

Los concejales se retiran temprano á casa, rendidos por los madrugones que se dan para asistir al repeso, de modo que no hay con quien tomarla apenas el gas luce sus resplandores de sol falsificado.

Velay usted, por que las tertulias comienzan á animarse.

En casa de un ex-fiel de consumos, se juega á juegos

de prendas y no parecen las fosforeras, petacas y otros dijes,que depositan los que pierden. Un amigo mio dejó la otra noche en prenda dos citaciones á juicio y se las apropiaron por equivocacion otros tantos contertulios que estaban en el mismo caso.

Ya se habla de los jueves de las de Tortiguaki, unas polacas, viudas ambas á dos de otros tantos personajes varsovianos y me han dicho que habrá pastas, si como parece probable, una de ellas se pone en relaciones con un teniente de alcalde que duerme con todo abierto.

Aseguro á ustedes que me muero por frecuentar los salones. Eso de cenar á mesa y mantel y salir hablando mal del amo de la casa, tiene ciertos encantos incomparables.

Me parece que este invierno voy á ser feliz, porque se nota una animacion del mejor agüero en todos los círculos distinguidos.

La de Alcantarilla, una distinguida dama que se dedica á servicios municipales, cuenta con dos canónigos, de paisano, para inaugurar sus lunes, que serán entre tarde y noche á beneficio del público. Además, unos caballeros, que han servido en Hacienda, harán juegos de manos, por lo cual no se responde de portamonedas, ni de *sablazos*.

Verdad es que el gran mundo tiene sus encantos, pero yo prefiero la *petit societé*, las tertulias de confianza, la música casera, y las cenas á escote en casa de personajes que han sido intendentes una vez *ú* dos.

Como rara vez van títulos, puede usted entrar en este mundo, lleno de jóvenes ojerosas, vestido con cierto desaliño. Además, suele haber brasero, lo cual justifica y permite los trajes, de verano, aun cuando el sol esté en Capricornio.

Apenas entra uno en la sala donde se celebran esas juntas magnas que se llaman tertulias de confianza, nota usted que sus pulmones respiran mejor.

Es el oxígeno de la felicidad domestica que purifica aquella atmósfera, inmejorable sinó fuera por las emanaciones del petróleo que se quema con una paciencia de pais contribuyente, en un quinqué de porcelana verde con cabos azules.

D. Miguel, el dueño de la casa, lee el último discurso del presidente del Consejo, y fuma en pipa un tabaco oficial que dá la hora. No se puede llevar más lejos el ministerialismo.

Cerca de Don Miguel, Susanita, como llaman sus íntimos amigos á la dueña de la casa. Más allá Sofía, hija de los dueños y novia de Arturo, un muchacho que tiene el padre contratista.

Todavía no han llegado los contertulios. El piano permanece mudo. Sofía ó Zafia, como la llamó por escrito un su novio que no entendía bien de letras, borda en litografía un pañuelo para Arturo, el cual pañuelo lleva en una esquina las iniciales de Arturo, y las de Sofia figurando sarmientos enlazados, dos corazones con gotas de sangre figurada y un cuchillo habanero que atraviesa los corazones. Alegoría preciosísima, que Susanita ha sacado de una novela.

¡Qué cuadro! La pluma empalagosa de Perez Escrich no lo ha dibujado más cándido, mas moral, ni mas idílico (valga el neologismo) en sus novelas de á cuarto la entrega, con opcion á médico gratis, «El Cura de Aldea» y la «Mujer adúltera.»

De pronto un nuevo personaje penetra en la atmósfera del humo que D. Miguel ha formado á fuerza de chupar virginia y filipino. Es un concejal de la minoría que viene de cabildo, donde ha hecho un uso deplorable de la lengua, en el buen sentido de la frase.

Poco á poco se llenan *los salones de Susanita*, como llama un gacetillero, que almuerza en casa una vez que otra, á aquella modesta sala con alcoba. Ya han llegado D. José Túrdigas, rico alpargatero; las Sras. de Azule-

jos, solteras y con calor de hígado; el venerable señor Alberchigos, concejal en rama, quiero decir concejal de la mayoria, y don Antonio Vendimia, primo natural de un diputado ministerial, que vá para gobernador, si no se le malogra su padrino.

Apenas se completa la tertulia, Susanita pide á Arturo que haga música. El piano resuena á poco y don Miguel tiene que dejar «La Iberia» para oir bien los alaridos de «Traviatta,» que Arturo saca de lo mas hondo de aquella caja apolillada.

Las señoras hablan entre sí. Algunos señores se piden dinero prestado. El concejal de la mayoría anuncia á don Miguel que se piensa recargar el derecho que paga el tocino, y don Miguel halla en esto ocasion para aplaudir al Ministro de Hacienda.

—Juguemos á prendas;—dice la niña de la casa mirando á Arturo *por derecho*,—sistema Calderon (Francisco.)

—Mejor será á la Lotería;—replica la menor de las Azulejos, que sueña con tener en sus manos un terno seco.

—De ningun modo;—objeta Susanita, oponiéndose á que en su casa se parodie al dichoso mortal, que *talla solo* desde la Direccion general de Estancadas;—y además, suelen llevarse los garbanzos que sirven para apuntar los números.

—Entónces que pongan un juego bonito;—replica la de Azulejos, que no puede estar sin hacer algo.

—Apurar una letra.

—¡Hombre! que entónces no vamos á tener ganas de cenar!

Se abandona, por fin, el juego de apurar una letra y queda restablecido el de los despropósitos.

—Esta señora me ha preguntado;—dice Arturito,—que para qué sirve el corazon, y este caballero me ha contestado que para tomar viento.

Risas generales. Arturo paga prenda. Terminado el juego y llegada la hora de sentenciar, Susanita, que es la encargada de mision tan espinosa, nota que la prenda de Arturito es una liga de su niña. Pánico. Las de Azulejos se rien maliciosamente. La niña llora. El concejal de la minoria lo atribuye al tabaco que fuma don Miguel, que lee en estos momentos por décima vez un artículo de «La Iberia» en que se llama *ilustre* al Presidente del Consejo.

Por fin, Arturo es condenado á hacer un favor y un disfavor y declara que Susanita es bella pero vieja; lo cual encuentra de muy mal gusto el concejal de la mayoría que es amigo de los elogios mútuos, siguiendo la costumbre establecida por la prensa.

El té está servido. Las viudas polacas encuentran que el azúcar tiene pajillas y Susanita no se cansa de recomendar que se eche poco en las tazas, porque el té se debe tomar amargo.

—Eso es muy inglés;—dice el distinguido alpargatero Sr. D. José Túrdigas, que hasta entónces habia permanecido silencioso como sumergido en un sueño de cáñamo; y Susanita le dá las gracias con una sonrisa de mujer que piensa: ¡se ha salvado el azúcar!

Poco á poco se vá desalojando la sala. Las señoritas de Azulejos salen las últimas orgullosas de las coloraciones que les vienen del hígado.

Susanita, libre al fin, hace inventario. No hay más que seis sillas rotas. En cambio toda la estera está llena de puntas de cigarros. Ya puede decir Don Miguel parodiando á Tito:

—No he perdido mi dia.

***

Se suplica á las madres de familia que todos los años, antes de abrir sus salones, lean este artículo para hacer corage contra las tertulias de confianza.

Es preferible pasar la noche al raso, aunque á estas horas no haya en las calles concejales de quienes sacar partido.

LA NOVELA DEL EMPLEADO.

Naci de padres pobres pero estúpidos.

Mi nacimiento está fuertemente ligado á algunos prodigios de primera fuerza.

Cuando yo vine al mundo, Salaverria era ministro de Hacienda y el Tesoro español padecia una consoladora plétora de plata gruesa.

O'Donnell degollaba moros en Africa y el unionismo canceroso no se habia aun salido de madre.

Sospecho que me hicieron expresamente para conservador, por qué mi bautismo costó 500 reales, sin incluir los derechos de estola y pié de altar. De aquí viene mi gran respeto al presupuesto del clero.

Desde pequeñuelo he sido muy dado á resolver los grandes problemas morales. Todos mis empeños se cifraban en no ir á la escuela. Además sentia una verdadera pasion por los membrillos.

Mi tio Crisóstomo, beneficiado de la iglesia de mi pueblo, que disfrutaba de dos sobrinas y de muy buenas rentas, solia decir, de sobremesa, que yo sería un grande hombre.

Efectivamente: á los 14 años yo deletreaba sin equivocarme, pesaba nueve arrobas y alcanzaba los nidos de los gorriones sin necesídad de subirme á los árboles.

Las mozas del lugar me miraban sonriéndose y los mozos solian ponerme caras de fusionistas.

Recuerdo que antes de lanzarme á la vida pública hubo elecciones.

Mi padre, al frente del Ayuntamiento y de todos los difuntos del pueblo, votó á un señor gordo que habia venido de la Córte repartiendo candidaturas y pellejos de vino tinto, y á los ocho dias fuí oficial sexto de la clase de quintos de la Direccion de la Deuda.

No estoy seguro de si aquel dia subió la Bolsa, pero si recuerdo perfectamente que todas las puertas de mi casa, menos la del pajar, me parecieron chicas.

Por fin hice mi entrada en Madrid y tomé posesion de mi destino. Los biógrafos que de esto tratan no están de acuerdo en que el éxito que obtuve en la Deuda se debiera todo á mis prendas físicas y morales. Algunos lo atribuyen á los pantalones color de mahon que yo llevaba aquel dia y á mi frac azul con boton dorado.

Comenzé al cabo á despachar expedientes. Un dia propuse en un luminoso dictámen la supresion de los años bisiestos, de donde hacia yo derivar grandes economías en favor del Tesoro, y el gefe del personal me dijo:

—Sr. Crinolina, es V. un sábio: el Ministro le ha ascendido; vá V. de administrador de rentas á una provincia!

—Gracias—dije en alta voz, y para mi frac azul dije muy quedito: ¡que injusticia! ¡á un hombre como yo, relegarle un rincon de la península!

Pero me consolé en la administracion de rentas.

Empezé por fumarme todos los cigarros que habia en almacen, con pretesto de proponer al gobierno las medidas necesarias para mejorar la calidad de las tagarninas oficiales.

Luego derretí toda la sal del alfolí.

Y acabé por devorar resmas enteras de papel sellado.

Un dia leí en un periódico de Madrid, que el gobierno queria enjugar el Déficit.

Cojí la pluma, puse un momento mi imaginacion en tortura y redacté una comunicacion en que indicaba la conveniencia de enjugar el Déficit poniéndolo al sol, como yo habia visto hacer con las uvas moscateles en mi tierra.

A los tres dias, un telégrama de Madrid me anunciaba que era caballero de unas cuantas órdenes, gefe honorario de administracion y otra porcion de cosas.

A todo esto, hacia yo grandres progresos en escritura y en ortografía estaba ya á una altura prodigiosa.

¡Como que ordene á todos los estanqueros, mis subalternos que suprimieran el uso de la *h*, consonante antipática que no sirve mas que para crear conflictos á los oficinistas de buena fé!

Por fin vinieron unas elecciones.

El dia que se votaron las mesas dí veinte y siete bofetadas á otros tantos electores de oposicion.

El dia del escrutinio cogí un millar de candidaturas ministeriales, las metí en un cántaro y las llevé á casa del candidato adicto, que salió de mi cántaro—lechero, era por mas señas—padre de la pátria y perdonen Vds. el modo de señalar.

El candidato adicto me dió una palmadita en el hombro, y me dijo sonriéndose:

—Gracias, Sr. Director general.

En efecto: poco tiempo despues cumplió su promesa.

En mi Direccion hice cosas notables.

Compré esteras nuevas para las oficinas.

Suprimí las plumas de ganso.

Y celoso defensor de la sagrada Hacienda pública, prohibí terminantemente que en las sumas se dijera aquello de: «de 24 me llevo 2; de 40 me llevo 4 ó de 96 me llevo 9.»

Allí, no se llevaba nada nadie mas que yo.

Tambien inventé por entónces, tres ó cuatro frases que son otros tantos aforismos de la ciencia oficinesca.

Por ejemplo:

«La noche se ha hecho para dormir y el dia para no ir á la oficina.

El buen empleado se pasa el dia fumando.

En cuestiones de Hacienda un buen bolsillo es el todo.

Ama á tu prójimo pero no des propina al portero.

A duro regalado no hay que mirarle el año,

El dinero del contribuyente sudando se gana y cantando se gasta.»

Y otras muchas sentencias llenas de profunda sabiduría, que no cito por modestia.

Mis enemigos dirán de mis aptitudes lo que quieran, pero de mi consecuencia no se atreven á murmurar.

Yo serví á don Ramon, á don Leopoldo, á don Luis, á don Juan, á don Emilio, á don Práxedes y á don Arsenio.

Hoy sirvo á don Antonio y me va muy bien, por

que al lado de estos grandes hombres suele uno aprender á leer.

Mi larga práctica de los negocios me ha dado una perspicacia fenomenal.

Todas esas carpetas falsificadas las descubro yo despues de pagadas.

Soy todo un caballero.

Tengo dos manzanas... de casas y varias fincas rústicas aunque esté mal el decirlo.

Además, soy Excelentísimo... por escrito.

En cuestiones de honra no transijo.

Como que escribo el vocablo con dos *erres!*

¡Ah! se me olvidaba; soy muy conservador.

Todavia conservo algunas deudas que contraje hace veinte años, y la costumbre de dormir con la boca abierta.

No quiero perder la ocasion ni aun en sueños.

MÚSICA DEL PRESENTE.

El arpa de David, la lira de Tirteo, el violin de Paganini, el piano de Litz ¡Valientes bagatelas...!

Esta generacion de sordos, repudia todas esas herramientas, de hacer melodías, cantos y acompañamientos, y se decide por *el bombo*, que hace reputaciones.

Como ya no hay fieras que amansar, ni se entonan salmos, ni está de moda el carnaval de Venecia, los antiguos padres de la música sentimental y platónica han caido en el mayor descrédito.

La humanidad que bulle y se agita, vive sin ocuparse de los dedos de aquellos grandes artistas que un tiempo ganaron honra y provecho haciendo hablar á las hadas de la armonía, esos garrapatos negros que se llaman fusas y semifusas en el caló del arte de Rossini.

Para mí, hace perfectamente la humanidad. Puesto

que el siglo corre tras lo útil, al fuego el arco, las cuerdas y el teclado. Empuñemos el mazo y cruja el parche hasta ahogar el ruido civilizador de la locomotora, el golpe de batan y el grito de la industria que se vale de pregoneros de vapor para anunciar que existe buena y sana, gracias á Dios y para lo que Vd. guste mandar.

Si fuera posible la metáfora, era cosa de decir que el bombo está ahora metido entre cuero y carne de los españoles, segun el arraigo que tiene en las costumbres.

Para enterarse á fondo de esta verdad, escribir un periódico; no hay otra receta.

Por la calle, no se distingue el partidario del bombo de los demás mortales. La misma levita de lana dulce, la misma fisonomía estulta, las propias sandeces en pugna por salir de los lábios, que el ciudadano pacífico aunque imbécil.

En la redaccion de un periódico, ya es otra cosa. El bombista se anima, abre y cierra los ojos, como el cuervo agita sus alas en la altura, ante el despojo vil que vá á servirle de alimento.

—¡Hombre! pasaba por ahí, y me he acordado de que tu escribes aquí, con aplauso universal—por que eso sí, el bombista los dá y los toma—y quisiera que me pusieras un sueltecito; poca cosa: «la distinguida esposa de nuestro distinguido amigo X, acaba de dar á luz dos distinguidos mellizos, varones ambos á dos».

Este bombista familiar es de los inofensivos. Sus reclamos no van mas allá del barrio en que vive y versan sobre asuntos de la vida íntima: que ya está casi restablecido del último cólico de besugo, que la herida que se infirió afeitándose no es de gravedad, que su heredero ha ganado dos premios en los exámenes á fuerzas de pavos, mazapanes, y otros argumentos corruptores de la severidad pedagógica.

Existen otros sectarios del bombo, mas trascendentales é importantes: los que fian su reputacion literaria al influjo de los estruendosos acordes del pellejo del bombo de los elogios.

«El jóven, pero acaudalado poeta D. Meliton Trastienda, acaba de reimprimir su libro «Gozos anónimos» ó su novela «La parca temeraria», ó su pequeño poema «El amor y el barbero». La crítica ha recibido muy bien este acuerdo de nuestro amigo el Sr. Trastienda, y el ramo de libreros ha acordado acuñar una medalla de piedras preciosas, en memoria de suceso tan feliz para las musas hispano-vizcainas, ya que el Sr. Trastienda, por sus concordancias, es casi indígena de las Encartaciones.»

Asi suelen espresarse algunos periódicos á instancias de los muchos Melitones Trastiendas, que en el mundo son.

En esto de los bombos, sucede á la sociedad lo mismo que con el juego de ruleta. Todo el mundo sabe lo difícil que es acertar un *pleno*, y sin embargo, el mundo juega hasta quedarse en carne viva ó sin camisa, por lo menos. Nadie ignora la procedencia del bombo, y no obstante esta iniciacion en los secretos del reclamo, los bombos hacen gran efecto en la credulidad pública, que toma los sábios hechos y adquiere los génios por poco mas de cinco perros inanimados.

Habrá periodistas que profesen el bombo por vocacion, no lo dudo, como hay personas formales que tienen estraordinarias disposiciones para tocar la trompa, ese instrumento que requiere pulmon y saliva por iguales partes; pero generalmente, los periodistas van arrastrados al crímen de los elogios de puro lujo, por virtud de los esfuerzos del beneficiado.

¿Quién se resiste á los halagos, de la bondad mas egoista y bondadosa, á medida que es mas interesada? Está uno en su despacho, viendo la manera de

escribir un artículo no denunciable. De pronto entra una señora:

— Yo soy la tiple del teatro Real de Bruselas que armó tantos alborotos este invierno pasado, y vengo á suplicar á Vd. que diga en su periódico que no es verdad que me haya retirado de la escena, ni menos contraido matrimonio á voces solas con un bajo que tiene voz de conde ó vice versa. Además, le estimaré que deslize en el suelto, que todavia estoy bien de carnes. ¿Qué debo á V...?

Y V. mira á la tiple de Bruselas y escribe el suelto y no lo cobra.

Para ciertas naturalezas, el bombo es el oxígeno de la atmósfera moral. Sienten las agonias de la asfixia cuando se pasa una semana sin que las gacetillas de cien diarios pregonen sus altas dotes y se hagan lenguas de sus talentos escepcionales.

El bombista de pura raza, se siente predispuesto al oficio desde la edad mas tierna.

Cuando tenia cinco años, salió en letras de molde con motivo de la primera descalabradura que sufrió en una pedrea. A los siete, sobrellevó una oda titulada «A la feliz denticion de mi primo», que un bombista de la familia le dedicó magnánimo. A los once fundó una sociedad sin sopa, para dar sopa á los pobres del barrio. A los quince convocó un congreso europeo. A los 25 logró que la prensa continental supiera su nombre de memoria.

Estos bombistas son temibles, sobre todo, en los dias ardientes de la canícula. Mientras la chicharra entona sus romanzas en uniforme tono, él se alaba por escrito. Muchas congestiones no reconocen otra causa.

Mientras el bombista no traspasa la esfera de su canonizacion digámoslo así, es tolerable. El es bueno, bonito y barato; y nadie se ofende por la tenacidad con que esto mismo repite un dia y otro esa trompeta afó-

nica de la fama que se llama prensa. Pero cuando el bombista entra en el camino de las comparaciones y hace escribir su elogio y la notoria incapacidad del prógimo, entonces puede decirse que el bombista es un verdadero animal dañino de las selvas sociales.

«Fulanito que es el mejor clarinete de su época; Perenganito que es el moralista mas severo de su distrito electoral y Zutano que escribe mejor que toda la Academia Española en masa y el pormenor», se salen de madre y tienden á dominar el mundo por derecho de gacetilla.

El bombista tiene al cabo un sentimiento. Se muere el mejor dia, sin haber podido escribir la reseña de su entierro, citando nombres propios en esta forma: «Entre las eminentes personas que ayer vimos en el entierro del acaudalado, inteligente y probo Sr. X, se cuentan los Sres. A. B. C. D. E. F. G» y así sucesivamente, hasta dar fin del abecedario.

El número de los bombistas es infinito.

Hay «condecorados jóvenes» que se casan; «aventajados latinos» que solicitan cria moral para casa de los padres, es decir, que piden hacerse cargo de la educacion de varios párvulos; «bravos militares» que salen para el extranjero; «elegantes damas» que se van á baños todos los dias; y «eminentes hombres públicos» que están expuestos á formar ministerio todos los domingos y fiestas de guardar.

De mi se ha dicho mucho malo, sin mentar lo que queda por decir; pero á estas horas estoy virgen de todo «aventajado escritor», «eminente prosista», «conocido literato», «inteligente periodista» y otros motes que están hartos de llevar «nuestros primeros alcornoques».

Esta suerte mia que me ha librado hasta ahora de los estragos del bombo, es muy de apreciar en tiempos tan precarios como los que corren, hoy que todo el

mundo canta arreglándose á la música del presente y no hay *quidam* que no encargue á su criada:

—Si vienen á cobrar una cuenta, diga V. que yo, «el opulento y colosal banquero», no estoy en casa.

PUNTO Y APARTE.

Las revistas literarias, de actualidad, y de modas, han llegado á gozar de una boga muy merecida.

Es un género que si se hace bien, resulta agradable y bonito.

Ortega y Munilla, y Fernandez Florez, padres privilegiados de la criatura, han escrito verdaderas páginas delicadas, brillantes, hermosas de color y de dibujo, en sus famosos *Lúnes del Imparcial.*

Yo he querido echar mi cuarto á espadas y he hecho en algunos periódicos los garrapatos que van á continuacion.

Para mi, son letras informes; pero como de gustos no hay nada escrito, puede ser que algun lector los crea caracteres gallardos de Iturzaeta ó de Torío.

He podido titularlas *acuarelas*, *pinceladas*, *rasgos*, *mosáicos*, *siluetas* ú otra cosa asi de moda para título de esta clase de trabajos, pero me he decidido por el ramplon y poco sonoro PUNTO Y APARTE, por si algun lector quisiere soltar sin leer las últimas hojas, de este libro, que sepa que son independientes del texto.

Y, he dicho.

EL MES DE MAYO.

¡Que excelente sujeto es este mes de Mayo, en que acabamos de entrar!

En lo antiguo, estaba consagrado á Apolo, y Maïa, madre de Mercurio, le dió nombre.

Ahora, está, todo entero, dedicado á Maria, y aun parece corto á los poetas místicos, para cantar á la madre de Dios, que si alguna vez sonrie, angustiada por el dolor inmenso de la madre, que vé espirar al hijo idolatrado, debe ser en este mes de Mayo, tan pródigo de esas alegrias perfumadas que se llaman flores.

La astronomía pintoresca, ha dado á Mayo un signo zodiacal, el de Geminis, que representa dos niños estrechamente abrazados.

Yo no sé si á influjos del signo, yo no sé si á influjos del calor primaveral que empieza ya á poner encarnados los dulces albaricoques y á elevar el termómetro

del corazon humano, que ahora se siente mas predispuesto al amor, las niñas se esmeran en el elegante tocado, usan sus sonrisas de mas alcance, se ponen los vestidos de telas mas flexibles, los que mejor dibujan lo esbelto del talle, los que peor disimulan el encanto de las correctas formas, y así prevenidas, semejantes á la paz armada, se ván al *mes de María*, dejan á los piés de la adorada imágen ramos de fragantes flores que parecen creadas por el fantástico y pujante pincel japonés, rezan y lloran y con los ojitos entornados y húmedos, envuelto en los encajes de la mantilla el rostro, pálido por la emocion, salen del templo á la calle á matar *gomosos*, homicidio el mas disculpable entre todos los homicidios.

En todas las estaciones encuentran nuestros dulces verdugos pretestos abonados para atentar á la integridad de nuestro juicio, pero en ningun tiempo como en Mayo consiguen *dislocarnos*.

¡Que caritas se ven ahora, cuando el sol no ha sufrido todavia el diario acceso de rabia que él traduce en tabardillos! ¡Que cuerpecitos andan por esos campos de Dios, poniendo pálidas de ira á las amapolas! ¡Que alegres carcajadas oye usted en esos paseos, carcajadas que suenan á lo que sonaria la música de Rosini, si Rosini hubiera puesto en solfa las eglogas de Virgilio!

De mi sé decir, que cuando regreso á mi casa de pasar revista á los ángeles con zapato calado que ahora están de moda, cuando doy fin y remate á mis paseos matinales en busca de ideas y de algun dinero, cuando me canso de ver cabezas rubias que parecen coronadas por Ceres con las espigas que el estio dora, y cabezas pobladas de cabellos no tan negros ni tan abundantes como mis desdichas, noto cierto desasosiego, cierta inquietud, cierto desconsuelo, que cualquier poeta aprovecharia para abrir el grifo de los

consonantes y dar rienda suelta á la inspiracion, y que yo calmo almorzando lo mas opiparamente que puede almorzar un hombre que tiene toda su fortuna en ilusiones:

¡Ah! lector, el estómago no reconoce primaveras!

***

Si yo no supiera distinguir la causa de los efectos, si yo no tuviera sólidas creencias á pesar del sabor aparentemente heterodoxo que doy á algunos de mis mas desdichados escritos, seria cosa de renegar de ciertos usos piadosos que van directamente contra el bolsillo de los fieles cristianos.

Sigame Vd. sinó por el campo agostado de las peticiones.

En Noviembre, cuando las campanas empiezan sus anuales lamentos por el alma de los que fueron, le piden á usted para ayuda de costas del catafalco de su parroquia.

En Diciembre, luego que ha empezado la odisea del turron, cuando de todas las casas salen confortantes bocanadas de olores apetitosos, cuando el presentimiento de su destino comestible pone orgulloso al pavo que hace la rueda en las calles, le piden á usted en todos los tonos, y lo que es mas criminal, en versos detestables, el clásico aguinaldo.

Cuando vienen los reyes, mirando al cielo donde luce su cabellera de chispas blancas la estrella de Belem, y con los reyes viene *la pascua de los caballeros*, algunos pedigüeños, que se reservan para año nuevo, le piden á usted un aguinaldo mas aristocrático, pero tan abusivo como el de la Pascua.

Y en Mayo, cuando todo el mundo tiene ganas de

respirar el aire regenerador de la primavera, cuando las tardes son tan frescas y el cielo luce sus ropas de los dias de fiesta, un ejército de niños le acosa á usted, le persigue, y le insulta, si no tiene suficiente apego á la tradicion para depositar voluntariamente... *á fortiori*, en el platillo lleno de rosas deshojadas, la ofrenda de la fé callejera á la cruz de Mayo, que segun dicen sus diminutos sacerdotes, *no ha comido en un año* como si se dedicase la cruz á la enseñanza primaria elemental bajo los auspicios de cualquier Ayuntamiento de España.

Y es, que en esta tierra de contribuciones indirectas, tiene todo el mundo escepcionales aptitudes para conjugar el verbo *pedir*, que yo tengo por el mas irregular, apesar del voto contrario de algunos gramáticos que desconocen el alcance de sus definiciones.

Aquí le piden á usted:
El quien vive,
La candela,
La hora,
Un cigarro,
Una limosna,
Un libro prestado,
La mano de su hija,
La cédula de vecindad,
Un favor cada hora,
Y dos pesetas cada cinco minutos.

Y vea usted si estará el octavo vicio en las costumbres, que hasta en la fachada de algunas iglesias se lee: *Por aquí se piden los sacramentos de noche.*

Alguna vez que otra, suelo pedir: caridad á mi prójimo; perdon á los que ofendo; justicia á los que me juzgan; buenas acciones á los que dicen que me quieren; y dinero prestado á mis amigos.

Pero la verdad es, que, casi siempre, *pido peras al olmo.*

* * *

El domingo que viene habrá toros.

A estas horas reina gran actividad entre los aficionados de ambos sexos.

Unos se despiden del relój que empeñarán para comprar una barrera de sombra, debajo de la presidencia, que es el sitio clásico desde donde se oyen los brindis, desde donde se puede hablar con los diestros, apalear al toro, insultar á los picadores y tirar el sombrero al polvoriento circo, cuando el matador dá una *buena en los rubios*, que produce espasmos nerviosos á las señoritas sensibles de los palcos y ataques de frenético entusiasmo á los borrachos del tendido del Sol; doblemente locos por la pócima que con el nombre fementido de *blanco dulce* tienen en el estómago y el baño de fuego lento que toman sus cabezas descubiertas en aquellas gradas donde la sangre hierve, brotan las blasfemias y rugen todas las malas pasiones.

Otras, preparan la blanca mantilla, la ceñida falda de seda del corto vestido de medio paso, encargan la camelia roja que han de llevar prendida, compran la petaca que han de arrojar al diestro cuando vuelva ileso de su duelo con la bestia á depositar á los piés de la hermosura todo un bosque de corneos laureles.

¡Que sábios son los gobiernos que han resistido los impulsos civilizadores, negándose á suprimir las corridas de toros!

El espectáculo nacional, es la valvula que deja escapar inofensiva toda la rabia de la muchedumbre; el tonel horadado que no permite que se desborde nunca la ira del pueblo mas iracundo de la tierra, este pueblo español que es y será siempre árabe, fatalista y heróico; la sangria política que libra al cerebro social de graves congestiones de órden público.

El dia que se supriman las corridas, majos, chisperos, gente del bronce, señoritas, manolas, petrimetres, mendigos y millonarios, vestiremos de luto unas

cuantas semanas. Poco á poco, sordamente, como se elaboran las grandes catastrofes, se irá elaborando una asonada colosal, y el pueblo que tiene necesidad de silbar á sus autoridades, siquiera durante el verano, echará de menos la sangre del caballo, el rugido de la res cuando acomete, las convulsiones del peon cuando muere, el rumor sordo del picador que estampa su fisonomía brutal sobre la arena, los gritos del entusiasmo delirante, y las notas chillonas y destempladas de la murga que hace ruido creyendo de buena fé hacer armonias. Y cuando la mina esté cargada de esta especie de dinamita ferozmente poderosa, estallará y habrá *carreras* en vez de *corridas* y *barricadas* en vez de *barreras*.

Por mí, pido que no nos quiten el espectáculo nacional.

Al menos, el dia que hay corrida, puedo decir para mi apetito:

—Mañana comeria yo carne barata... si tuviera dinero.

EL DINERO DEL SACRISTAN...

El juéves por la noche llegó el listin de la Loteria. El público vicioso, consumió en pocas horas una considerable edicion y un repuesto no menos considerable de ilusiones.

Esta vez, ha sido ingrata la diosa Chiripa, con la leal ciudad de Málaga, que tanto culto la rinde.

Cinco mil pesetas, no mas, han caido del cesto de la Fortuna, sobre los jugadores, que todas las noches se acostaban soñando con el premio de los dos millones.

Muchos moralistas de la última promocion, tienen por cosa reprobada la existencia de la Loteria. Yo, en cambio, encuentro delicioso el juego nacional y eso que no me ha tocado mas que una vez.

Tiene uno seis duros, y perdone V. lo atrevido de la hipótesis. Seis duros, groseros, materiales, insuficientes para callar al casero, que no alcanzan para la co-

mida de una semana, que no dán de sí la seda necesaria para un vestido; seis duros, en fin, efigie de la impotencia y pequeñez humanas.

Un dia, cansado de hacer cuentas que no salen, dudando entre comprarse unas botas ó fundar un asilo benéfico, con aquellos embarazosos 120 reales, se pasa por la puerta de una administracion de Loterias, pagoda de la fortuna, templo del bienestar, santuario de la riqueza. El lotero parece que dice á todo el mundo: ¡pase usted adelante! los cuadros con marcos dorados, donde rezan los grandes premios pagados otras veces, son los milagros y ex-votos puestos allí para mayor honra y gloria del Azar, divinidad española, cuyo culto nos cuesta colectivamente muchos millones.

Ya dentro, le parecerá á usted imposible que aquel hombre tan amable, deje de darle á usted un billete de los que tocan, y saca usted sus seis pesos en plata borrosa y los cambia por un billete para el próximo sorteo, sin mirar siquiera el número.

¡Como descansa, entónces el alma agobiada por la pesadumbre grosera de media docena de duros!

Empiezan los monólogos.

—Aquí lo tengo; parece mentira que la gente no me conozca en la cara, que llevo los 32.000 duros del premio mayor. Cuando los cobre, lo primero que hago es comprarle á Maria un vestido de terciopelo; no quiero que se me muera sin tener yo el gusto de encontrarla, una vez, suave al tacto. Luego, pagare aquel pico al panadero, aunque no debería pagarle, porque ¡tiene unos modos! Desde ahora anuncio que no prestaré á nadie un ochavo. Este dinero, es algo así como la sonrisa de la hada celeste de la dicha y no quiero profanarlo. ¡Que odisea de bisteks con patatas! Declaro que no voy á comer otra cosa en toda mi vida. Eso es muy inglés y sobre todo, muy nutritivo. Maria

quiere que la compre tambien un canario; pero ¿quién se gasta un napoleon en un músico que toca siempre lo mismo? y además que un canario tiene la exigencia de la manutencion, cañamones á pasto y hojas de lechuga en todas las estaciones. Desde luego suprimo el canario, y con esta economía ya hay para ayudar á los gastos de Manuela, que no consume menos de 30 reales diarios. Me parece mucho para una bailarina, pero al fin, dice su madre que era de *punta* y con una hermosura tan aguda, no vamos á regatear. ¿Sacaré mi relój? Creo que no debo sacarlo. Las horas, las malditas horas, el tiempo voráz, deben pasar desapercibidos para todo filósofo en prosa ó verso. Además, en la agencia cuidan muy mal los objetos; prefiero calcular la hora por la altura del sol; y de noche ¿para qué quiero yo el relój, si los ojos de mi Manuela dán *las todas*? Que sábio soy; otro, en mi lugar, hubiese malgastado sus seis duros; yo los he puesto á interés en el Banco nacional de la providencia y como la fé salva, la fé sabrá sacarme de pobre; porque eso sí, en las virtudes cívicas del Iltmo. Sr. Director general de Loterias, no cree nadie como yo creo. Ya vén ustedes si creeré, que le he dado toda mi fortuna, una fortuna de treinta pesetas, lo que Cervantes no vió junto en toda su vida de escritor, de soldado y de recaudador de contribuciones. ¡Que bien voy á dormir esta noche! Quiero soñar, pero soñar cosas agradables, como las sueñan los fumadores de ópio, que vén la gloria entre las brumas del sopor y del éxtasis. Apenas me duerma, una legion de ángeles con las alas hechas de billetes del Banco de España, vendrá á darme música á la puerta de mi alcoba. Oiré el sonido armonioso de las onzas cayendo sobre una bandeja de plata y semejante al eco argentino de las carcajadas de la fortuna loca. Provocativas mujeres, la sien ornada de brillantes, el seno mal cubierto, desnudo el torneado brazo, suelta

al aire la cabellera de hilos de oro, tomarán, en un rincon de la oscura estancia, todas las actitudes de la voluptuosidad. Cataratas de monedas, caerán desde el alto cielo, como cae la lluvia cuando las nubes tienen algun resentimiento con la tierra. Y despues que yo sienta el frio del oro subiendo en oleada irresistible y amenazando ahogarme, cuando haya satisfecho esta rabiosa sed de placeres y de dinero, fórmula abreviada de la felicidad, despertar en los sótanos del Banco de Lóndres, con una levita colosal y en la levita unos bolsillos insondables, animado por la fuerza de Hércules y por la avaricia del rey Midas, y tener, además del placer de cargarme de oro, el placer indescriptible de robarlo, porque la dicha para ser apreciada necesita ser combatida, y nada calma el hambre de la tigre feroz, como un trozo de carne sangrienta arrebatada á otro ser mas débil!...

Mañana se sortea. Voy á casa á depositar bajo siete llaves este precioso título de mi felicidad de toda la vida. ¡Tendria gracia que un billete premiado con tan enorme suma, se me perdiese, como hay quien pierde el juicio por una mujer y quien pierde el tiempo por salir diputado y quien pierde la vergüenza por ganarse la vida!... Que alegron se llevaria el que se lo encontrase!... Pero eso seria un robo; sí, señores, un robo; la propiedad es algo asi como la religion; el dia que la filosofía quiera reformarla, nos quedaremos sin santas imágenes á quienes adorar y sin manzanas de casas que cobrar todos los meses!...

* * *

Al dia siguienre, el listin de la Loteria viene á ser el verso largo introducido en el soneto clásico de la vida; el chorro de agua helada en la cabeza ardiente del que sueña.

El 11.525 ha salido premiado y nuestro heroe habia tenido el mal gusto de tomar el 25.511; porque la Fortuna, que muchas veces se complace en trastornarlo todo, no tiene inconveniente en hacer estos cambios dolorosos; y unas veces altera el órden de los guarismos que representan la felicidad y otras hace lacayos á los que han nacido para duques y *edifica*—verbo un tanto atrevido—los duques, con materiales que ni para lacayos sirven.

Felicitá del cel!

Tu no existes mas que en una forma convencional y falsa.

Por eso creo yo que la dicha es cuestion de *formas*.

***

En cuanto á lo que sucede en Málaga, ya puede usted figurárselo, lectora monisima y discreta.

Todo el mundo anda por ahí pidiendo dinero prestado para jugar á la Loteria que se sortea el dia 18.

Yo no juego, porque ya me tocó hace tiempo.

Me acuerdo de que al dorso del billete, estaba impresa la epístola de San Pablo.

LA BORRACHERA NACIONAL.

¡A los toros! ¡á los toros!

Brilla el sol con toda la mala intencion de un ser que sabe que enjendra los tabardillos.

Nuestras primeras mujeres hermosas dan el último toque al rojo de sus lábios, la última mano al rubio oscuro de sus cabellos y el plegado final al delicado encaje de la airosa mantilla blanca.

Nuestros primeros *perdis* empeñan el último abrigo, que la canícula llenará de polilla en ese antro que se llama agencia de préstamos y *la diabla* que corre á saltos, *la victoria* que se desliza arrastrada por un tronco de pura raza y el democrático simon, lleno de barro, cubierto de polvo prehistórico, comienzan á dejar á las puertas de la plaza—templo de la Diosa Piltrafa que tiene por sacerdotes á matachines y giferos—una multitud que ha pasado la noche soñando con chulillos ágiles y *berrendos* que *rematan en las tablas.*

¡Ah! lector, sucédenos á los españoles con los toros, lo que sucede al chino con suopio y al inglés beodo con su aguardiente.

Mientras la razon no resigna el mando, odiosos y censurables son por igual los tres vicios que rebajan de un modo análogo el sentido moral de tres grandes pueblos.

Pero, aspira el hijo de Confucio la primera nube de humo azul, bebe el sajon la primera copa de alcohol ardiente como la lava y mortal como el beso de la epidemia y lee el compatriota de Montes y Costillares un cartel donde detrás del consabido *si el tiempo lo permite* sigue una verdadera odisea de cuernos y todos tres, dejándose al dintel de sus vicios la dignidad humana, se emborrachan al unísono y hay quien sueña con mujeres de piés mutilados y nariz deprimida y quien delira por ver á *Frascuelo atracarse de toro.*

Ahora mismo, lejos del tránsito de los carruajes que van á escape á llevar su carga de flores con falda corta, lejos de la voz que grita enronquecida, del chiste que brota inculto y energico, del manton rojo y amarillo como las puestas de sol en las tarde de estio, que brilla y luce como brillaria un relámpago permanente, del peon nervioso, delicado, agil, veloz, que á beneficio de dos varas de percal sucio y arrugado, burla una inmensidad de carne henchida de instintos de esterminio, del ginete lacio y derrengado un momento, mientras pasea la trasparencia de su potro y la notoriedad de su borrachera por el redondel, apuesto, airoso, duro, batallador, derribado pero no vencido, cuando el moruveño escarba la tierra, brama no se sabe qué baladronada irracional, y arremate, como el rayo cae sobre la torre que le espera tan impávida pero menos valiente; lejos, repito, de estos factores del entusiasmo, soy filósofo; cerca, soy *aficionao*, porque en asuntos de toros no se puede ser ni *amateur* ni *aficionado*, y perdonen mis lectores si sa-

crifico la locucion francesa tan de moda y la terminacion puramente castellana, en aras del colorido local.

El juéves se apiñaba la multitud delante del despacho de billetes de la Plaza de toros.

—¡Seis toros de Adalid!—leia un curioso—¡lo menos matarán treinta caballos!

—Qué barbaridad! exclamó un filántropo que por allí andaba,—y luego reponiéndose, terminó su frase:

—Pues deme usted una silla de primer piso; es decir 36 reales de barbárie!

* * *

Ya ha muerto el último toro.

Rios de sangre negra encharcan la arena.

Las gradas se quedan poco á poco desiertas.

Con el último rayo de sol, desaparecen las majas y los majos, las mantillas blancas, los mantones de Manila, los sombreros de paja y los monstruosos abanicos de la gente del sol.

La plaza parece un inmenso estómago que se vácia

En el redondel, una nube de muchachos harapientos ejercen el aprendizaje de la maldad, atarazando el cuerpo del inerme toro y llevándose tras las banderillas que le arrancan violentamente, pedazos de aquella carne valerosa.

Despues, el desaliento está en todos los rostros, y el cansancio en todos los cuerpos.

Va pasando la borrachera.

El fumador de opio despierta.

* * *

Ya hace dias que llegaron.

Como la verdad, tienen una corteza punzante y un corazon dulcísimo.

Son la miel del pobre; lo único que no puede amargar al acibar de la desgracia.

Yo les haria emblema de la modestia, si no temiera ofender á la Naturaleza que tan poco se cuida de ellos.

Cuando el pobre vuelve á su hogar en los dias crueles de Agosto, allí está él sobre la mesa, con su trage aterciopelado, con su miel dulcísima, fresco, agradable y sobre todo, barato.

No se limita nuestro héroe á regalar el paladar desheredado del pobre. Es tambien útil al rico y le guarda sus haciendas y le engorda sus ganados.

Repárelo usted, lector; todos los séres útiles son lo mismo.

Viven modestamente; en el mercado social valen muy poco y suelen tener nota de *cursis*.

Cite usted al higo-chumbo, al modestísimo higo-chumbo, delante de uno de esos paladares estragados y se reirá en vuestras barbas. Citelo usted delante de uno de nosotros, de los que vivimos de milagro, de los que tenemos que abrirnos paso á empujones, de los que salimos aporreados y contusos de esta lucha dolorosa por la existencia, y se nos hará la boca agua.

La crítica la emprenderia á pedradas con el poeta que hiciera una oda al chumbo; y usted misma, lectora, no puede contener la risa al pensar en título tan estravagante.

Sin embargo, el chumbo, como todos los séres superiores, desprecia los arrumacos del bombo y es bueno porque sí; intrinsecamente, sin necesidad de que le añadan trufas, como el infeliz pavo, y sin apelar á la química, como el falsificado Champagne.

Es el chumbo la imagen de nuestro pueblo.

Aspero al tacto y delicado luego que se prueba.

Como la copla de fandango, en que desahoga sus penas el que canta, es él, pequeño, pero muy dulce.

Apaga la sed, como la esperanza; y satisface el hambre, como la resignacion.

Verdad es que el chumbo se respeta muy poco.

No sabe anunciarse como la Revalenta arábiga y los poetas y periodistas que á sí mismos se dedican reclamos.

La piña americana, muy señora mia, se dá mas tono y llega á España rodeada de la doble aureola del mérito y de la distincion.

Para comer piña, es menester que el hombre desafie la fúria del mar y los rigores de la amarilla peste.

Para comer chumbos, basta que haga usted caso omiso de las espinas.

¿Las espinas dije...? Aquí tiene usted otra semejanza.

Corre usted tras los placeres de la vida y tropieza usted con la deslealtad, con la calumnia, con las injurias.

La credencial tiene su espina, la cesantía.

El ministerio tiene tambien la suya, la crísis.

El chumbo no necesita pedirlas prestadas á nadie; tiene tambien las suyas y las que el desprecio público ha ido clavándole poco á poco.

Tan dulce y tan modesto, tan útil y tan barato, y apesar de todo se ha puesto antiguo.

No hace muchos años, el higo chumbo tenia sus templos en la rivera del polvoriento Guadalmedina.

Las niñas y las jamonas, los niños y los viejos, iban de noche á comer la popular fruta, en aquellas chozas que el rio se llevaba al mar á las primeras aguas.

Hoy, los vendedores de chumbos lo dicen: «el señorío ya no quiere higos.»

Las costumbres y el paladar se aristocratizan. Los *merengazos* han derribado de su trono de esteras viejas al chumbo. La *pastisserie* francesa, vendrá á echar á los dos.

Desde que el higo-chumbo está proscripto hay por esas calles menos olor á albahaca, menos pirulos sudando perlas de agua helada y... menos caidas de transeuntes pacíficos.

Ahora si que es verdad el conocido estribillo de: *los dioses se van*, puesto que se han ido los higos chumbos, su alimento favorito.

¡Ay! lector, ¿usted los vé tan dulces, tan frescos, tan baratos, tan nutritivos?... pues... no me gustan.

Así soy yo; conozco el bien, lo amo, lo encomio, lo ensalzo de palabra y por escrito, y no lo práctico.

La boca se me vuelve agua ante un higo maduro, y el corazon se me viene á los ojos ante un concejal de frac y clac; pues bien ¡no puedo tragar á ninguno!

En una fonda.

Un poeta fiambre, *vis à vis* con una racion de queso, poblado de asquerosos insectos.

—¡Mozo! ¡mozo! ¡mozo!

—¿Qué ocurre, señorito?

—Yo no me puedo comer este queso.

—¿Por qué razon...?

—Porque soy miembro de la Sociedad protectora de los animales!

—¡Ay caballero! pues entonces bien podria usted hacer algo por mi!

COSAS DE MÁLAGA.

Hierve el pérfido vino en las cubas.

La sangre corre loca por las arterias.

Cae del cielo algo así como el aliento abrasador del génio de la devastacion y del incendio.

El sol fuerza sus fuegos en la altura.

El aire candente del desierto, forma en las calles remolinos de impalpable lava.

Los hombres más amables, se tornan en irascibles y huraños. Las mujeres más frias, sienten en su corazon algo que eleva hasta la ebullicion el termómetro de las pasiones.

Todo sueño es inquieto; todo discurso atropellado y violento.

Cuando se cierran los ojos cansados y enrojecidos, se ven campos helados, montañas de granizo, sorbetes colosales, arroyos cristalinos, húmedas y frescas riveras, nevados paises, grutas sombrías, donde el sol no ha lo-

grado introducir sus rayos, apesar de todas las recomendaciones y exigencias del invierno.

Las señoras mayores, se atacan de la jaqueca. Las niñas bonitas, aprovechan el calor para lucir el brazo, y aquella parte del pecho que la etiqueta ha arrancado al dominio de la moral.

No hay en las calles y plazuelas un ser con la lengua en su sitio.

Todos los malagueños parecen obreros de un inmenso taller de fundicion.

En cada cerebro se quema una vista de fuegos artificiales.

Algunos llegan á pensar sériamente en el crímen, como medio de que los pongan *á la sombra*.

Lector, ¡que cosa más horrible es un dia de *terral* en esta Málaga, que en todas las estaciones echa chispas!...

Y á todo esto, ni una gota de sudor, ni un soplo de aire fresco.

La piel humana, árida, seca, estirada, parece el parche de un tambor, haciendo las veces de aterciopelado cutis, como dicen los poetas cuando deliran por un precio módico.

Se respira la cólera; todo el mundo está furioso; la faca reina y gobierna; las neverias se ven más concurridas que los templos.

Particularmente las clases pobres, pasan horas amargas, mientras el *terral* no se cansa de incinerarnos gratis.

Llegan á la taberna, apuran el vaso de alquitran, achicorias, fuschina, vitriolo y zumo de uvas, que la industria les ofrece con el nombre de vino de Málaga, y luego, ya se sabe: unos van á la casa de socorro y otros á la cárcel; porque el cerebro humano, semejante á un trozo de ladrillo refractario, no tiene en esos dias más que ideas de esterminio; y por beber algo, las fauces mas meticulosas beberian sangre humana.

¿De dónde sale el *terral*, de dónde...?

Unos dicen que viene de la Mancha, país de la desolacion; otros creen que llega de Castilla, tierra donde Céres tiene establecidos los hornillos que doran el trigo á fuego lento.

Pero yo, siguiendo el parecer de un buen hombre, que no puede ver ni pintadas las mujeres coquetas, creo que el terral es el aliento de una Venus que fuma del estanco.

***

La Sultana favorita de Marruecos, acaba de morir.

El Sultan, se ha mesado las barbas, ha llorado en árabe sus penas; en árabe, esa lengua del amor y de los celos; y despues, avaro y receloso, ha mandado enterrar con el cuerpo frio de su esposa, las joyas y vestidos de la muerta, sus sedas, sus pedrerías y la guitarra á cuyo son triste, ella cantaba en las tardes sombrias y enamoradas del harem, coplas inspiradas por la músa quejumbrosa de Andalucia.

¡Qué suerte tienen los amantes cristianos! Ese pobre emperador, sueña á estas horas con que su favorita haga un mediano papel de hurí en el falso cielo de Mahoma; mientras un novio español, creyente y católico, por inspiracion de la fé relígiosa y de la fé del Amor, arroja primero sobre el cuerpo de la inanimada prenda, puñados de rosas blancas, semejante á las lágrimas del ángel de las tristezas, que el dolor cuaja y torna en copos de nieve perfumada; coloca despues sobre la sien fria de la muerta, la corona que Himeneo ha tegido para sus bodas con la eternidad; llora luego, mientras besa la mano helada, que otras veces premio á hurtadillas, con caricias que el temor avalora, las púdicas ánsias de placer

no satisfechas; y en medio de las agonías de la pena, cuando en la garganta se anudan los sollozos, y las quejas, que en el tropel acuden á los labios, se quedan en ellos haciendo de mordaza para que el alma no se escape, el rezo inefable y reparador brota sin obstáculos y lleva hasta el trono de Dios el homenaje del dolor humano, triste presente que hacer llorar á Dios mismo, porque si Dios no llorase no sería bueno; que las lágrimas son el atributo de la bondad, algo tangible que prueba que el alma existe.

La virgen reposa al fin en el estrecho ataud; cae sobre ella la última paletada de tierra; se sonrie un momento y se entrega indefensa á la frialdad corruptora de la tumba. Despues, el amante cierra los ojos mientras ora en misa, y allá en la altura, percibe claramente el cuerpo gentil de su amada que vuela sin esfuerzo entre nubes de rosa y azul, espiritualmente bella, con el ropaje inmaculado flotante, con la frente ornada de resplandores eternos, con la boca plegada, como quien canta y reza á un tiempo mismo.

¡Ah! qué dicha tan suprema! Un novio así, que ama y cree, puede decir, señalando al cielo: ¡está allí! en la seguridad de que todo lo impalpable, lo ideal, lo que al espíritu y al amor pertenece, vuela por impulso secreto é imperioso, hacia ese lugar, hoy almacen de mis esperanzas, que llaman cielo por llamarle algo.

En cambio, al Sultan de Marruecos le han quedado 199 mujeres.

Dios le dé fuerzas para mantenerlas, amen.

Ha habido un incendio,

San Juan quiso obsequiarse con una candelada colosal y el hado adverso quemó, por darle gusto, un centenar de miles de reales.

En Málaga, un incendio, ya se sabe lo que és; la prueba patente de que existe la providencia y vive con nosotros.

Empiezan á tocar fuego. Las lúgubres voces de las campanas sacan por fin del sueño á alcaldes, autoridades, bomberos y arquitectos.

Se corre un rato. Los pitos escandalizan el orbe. Alguna vieja llora. Los chiquillos, inspirados por el genio de la destruccion y de la curiosidad, quisieran que el incendio llegase hasta la casa de cada uno de ellos, para tener el gusto de verlo.

Algunos vecinos precavidos, llegan al teatro del siniestro con buches de agua que arrojan insultantes al mónstruo.

Despues, las bombas chupan y chupan largas horas antes de verter un chorro tísico, que irrita al incendio en vez de sofocarlo.

Personas diligentes y piadosas, arrojan desde los balcones la cristalería y la porcelana, para que no se incendien.

Todos los concejales sueñan con la cruz de beneficencia.

Toda jamona amenazada de chamusquina, se impacienta esperando que la salve un buen mozo ó en último caso, un guardia civil soltero.

Y á las tres horas de mareo, de carreras, de gritos, de subidas y bajadas inútiles, el fuego sé cansa y poco á poco se evaporan las últimas llamas y se entornan los ojos brillantes de las ascuas. El humo vá á llevar por el aire su mensaje siniestro. Los héroes de la catástrofe vuelven á ocupar la cómoda posicion entre sábanas y al dia siguiente la prensa

dice, echando los cimientos de tres ó cuatro reputaciones sólidas:

—«Entre las personas que más brillantes servicios prestaron en el incendio de anoche, se cuentan los Señores H. I. J. y K. que llegaron al lugar del suceso hora y media despues de apagado el último tizon. Aplaudimos sin reservas etc. etc.»

* * *

Y nadie se acuerda de felicitar al fuego, que es el ñnico autor de su estincion y muerte!

Así es el mundo; ingrato con los modestos; pródigo y generoso con los soberbios, más ó menos ardientes!...

SALTOS MORTALES.

No es la educacion, no son las pasiones, lo que envilece y degrada.

Hay algo más eficaz, más influyente, que nos predispone, que nos impulsa al achavacanamiento de ciertos oficios, modos de vivir, que no dan para vivir como decia Fígaro.

El oficio de payaso no puede ser obra de una educacion deficiente, de una vida tormentosa, de unas inclinaciones perversas.

Algo superior á todo esto, debe ser el motor de esas risotadas chuscas, de esos ademanes groseros, de esas gracias que producen en la economía el mismo efecto del emético.

Y efectivamente; yo he hablado con un payaso de los más insufribles y estoy al tanto de la cosa.

—Cuando Vd. me vea más rufian, mas estúpido, más chocarrero, téngame usted más lástima;—decia el bueno

del gimnasta, pintándose una boca descomunal con almagra y albayalde.

Yo voy al circo, escondo bajo la hopa de una alegría que no siento, el apetito más verdadero que han experimentado los mortales. Cada trecha, es un plato más que añado al *menú* de mi comida miserable. Cuando caigo pesadamente sobre la arena de la pista, es que acabo de comprar á mi Maria, una encantadora niña, que mañana asombrará al mundo con sus saltos ó con sus planchas, unos botillos de que tenia absoluta necesidad.

Me acuerdo de una noche que estuve inspiradísimo. Llené de polvo á las señoras que se ponen en primera fila para gozar de cerca la bondad plástica del primer acróbata y mímico de la compañia; apaleé al director; dí un vegigazo á un gomoso que entrevía á través de la falda vaporosa de una amazona todo un mundo de curvas adorables; hice escarnio de la autoridad derribando á un guardia de órden público que contemplaba embobado la soltura de los movimientos de miss Cora, una inglesa de la Alcarria, rubia gracias á la química, gorda á favor de la industria y guapa merced á sus biógrafos. El público aplaudia delirante. El ser respetablemente necio que hay dentro de cada espectador, estaba entusiasmado. Aquella noche no tiró de mi carretela la aristocracia, porque aun cuando habia aristócratas en el Circo, yo no gasto carruaje.

Terminó mi recepcion en el templo de la inmortalidad callejera. Arrojé la cerdosa peluca; lavé mi cara vilmente desfigurada bajo una capa de bermellon; depuse en manos de un mozo de cuadra el cetro de la alegría, ornado de cascabeles, y revindiqué toda la dignidad de un ser humano, que tiene casa y en su casa mujer y cena.

Cuando llegué al cuarto piso, indigno albergue de mi gloria, supe, con dolor, que mi señora habia huido con un artista devorador de espadas, llevándoseme

unos calzones de punto, conque en mis mejores noches solia yo causar algunas desgracias femeniles.

Dios dé á ambos una indigestion de herramientas.

. . . . . .

Despues de este relato, si los clowns del circo de Diaz se atreven á besarnos, no hay que poner el hecho en noticias de la autoridad ¡Pobrecillos!

Lo más, lo más... debemos darles de bastonazos.

***

Pero como la sábia y caritativa ley de las compensaciones, no cesa jamás de restañar heridas, de cuidar del nivel moral, de endulzar amarguras, al lado del clown payaso cargante, insulso, grosero y soez, ha colocado la *écuyère*, amazona adorable y adorada, distinguida, graciosa, que prodiga sonrisas y otros favores, que dá trechas sobre un caballo en pelo, arrastrando en el torbellino de sus vueltas una legion de suspiros elegantes.

La artista ecuestre, no necesita una máscara de alegría para esconder sus pesares. Bastale con el blanco cera de Matilde Diez, con el vinagrillo de tocador, con el rojo vejetal, con el cosmetico de carmin laca, con la fábrica de lunares que toda mujer tiene en una bujia y un corcho. Por lo demás, sus miembros son fuertes y no se fatigan, su corazon es jóven y está siempre cantando esas coplas de fandango universal, que en todas lenguas dicen lo mismo: ¡amo y soy feliz!

Cuando la *écuyère* penetra en la pista, lanza á los cuatro vientos un aluvion de sonrisas y besos; *miel sobre hojuelas*, como dice un elegante, partidario acerrimo de las mujeres que aman al trote largo. Acaricia luego la cabeza del caballo, salta sobre el lomo de la inteligente bestia, y ya está en su trono.

Si se cae, un grito de espanto brota de todos los lábios; si salta con limpieza, un aplauso la celebra; si el pecho jadeante sube y baja en flujo y reflujo provocativo, el deseo despierta ideas de color de carne en todos los cerebros.

Y luego, en su cuarto, á dos pasos de la cuadra, una pléyade de marqueses hipicos, de banqueros galantes, de jóvenes á la moda, la ofrecen sus respetos y algo mas tangible. Algunos llegan á preguntarla que por donde se vá á su dormitorio, pero ella contesta ruborizandose á traves de los polvos de arroz: ¡por lo canónico!

¡Cuantos jóvenes elegantes, que en casa tratan á puntapiés á sus criados, tendrian á honor inmerecido atar á la *écuyére* las cintas que sujetan á su cintura la discreta falda de blanquísimo tul!

Llega el dia del beneficio, miss Cora vá á saltar por el aro, á galopar cabeza á bajo, á danzar sobre el móvil asiento, acompañada por la música insufrible que ameniza con sus trompetazos todas las funciones acrobáticas.

Gladstone, cuando, domina con su palabra la turbulencia de los *torys*; la Patti, cuando vacia el receptáculo de diamantes que tiene en la garganta; Calvo, cuando arranca á su alma gritos de rencor sublime y aterrador en *Guzman*; Castelar, cuando canta su prosa al son de la lira rota de sus antiguos ideales, no pueden compararse á la *écuyére* en plena pista la noche de su beneficio.

Espolea el caballo, que no sabe darse cuenta de aquel castigo; grita en inglés, para mayor claridad, sonrie siempre, suda como una planchadora vulgar, y si no se derrite, por que el algodon en rama es poco permeable, se destiñe, con seguridad, de un modo que dá pena.

Luego, vienen las palomas, las flores, los aplausos, las cenas, y sobre todo esto, el amor, sublime amor, que

la inspira sonrisas menos perfidas, actitudes mas graciosas; amor útil y dulce, que puebla de sensaciones indescriptibles el corazon y de oro acuñado la gaveta.

Si el estado de mis carnes me lo permitiera, dedicaria los ratos de ocio que empleo en soñar que soy Gonzalez de la Gobernacion, en soñar que soy *écuyére*; es decir, ninfa de caballeria.

***

Ayer fué el último dia.

La niña fenomenal que exhibia por un módico precio su pubertad de 46 meses y su desarrollo asombroso, en un portal, modesto proscenio de su mérito, se ha ido con las carnes á otra parte.

Quisiera tener en mis manos los medios de investigar lo que sucede en ese cerebro adulto é infantil al propio tiempo; ver como se forma en las celdillas misteriosas de la masa encefalica el deseo de tener un novio y una muñeca; la voluntad de decir ¡te amo! y la de pedir pan con voz llorona.

Que tempestades mas tremebundamente risibles se promoverán en el alma apenas servida y ya casi decrepita, de la niña-mujer-gigante!

Tener menos de 4 años, mas de un metro de estatura y tres arrobas de peso, es algo asi como poseer un compendio vital, la fórmula abreviada de la vejez, que mama todavia.

Una coquetuela que se asusta del coco! ¿Han visto ustedes algo mas estravagante? Una mujer que puede amar y no sabe aun escribir cartas plagadas de deliciosas faltas de ortografía! ¿Comprenden ustedes algo más inverosimil?

La niña-mujer gigante, me ha hecho pensar seriamente en el espiritismo.

¡Quién sabe si tal vez usufructuará el alma de su propia abuela...?

Cuando esa niña tenga 12 años, será capaz de ser nieta de si misma.

FÈ DE ERRATAS.

En el texto de este modesto librillo, se han deslizado varias; algunas tan graves, que atentan á la prosódia y hasta á la sintaxis; pero como el autor ha hilvanado estas 142 páginas, con la colaboracion del sentido comun de sus lectores, no tiene para que hacer salvedades.—Valga.—

ÍNDICE.

	PÁGINAS.
El número uno	7
Desde la cama	13
Peptona pépsica	19
¡Quien fuera perro!	25
Pena de solfa	31
Eche V. la otra	37
Receta para ser feliz	41
Craneoscópia	47
El sexo debil	53
Vida de perros	59
¡El mundo marcha!	67
Sin tabaco	73
El artículo 486	79
El periodista sério	85
Tertulias de confianza	91
La novela del empleado	97
Música del presente	103
Punto y aparte	111
El mes de Mayo	113
El dinero del sacristan	119
La borrachera nacional	125
Cosas de Málaga	131
Saltos mortales	137